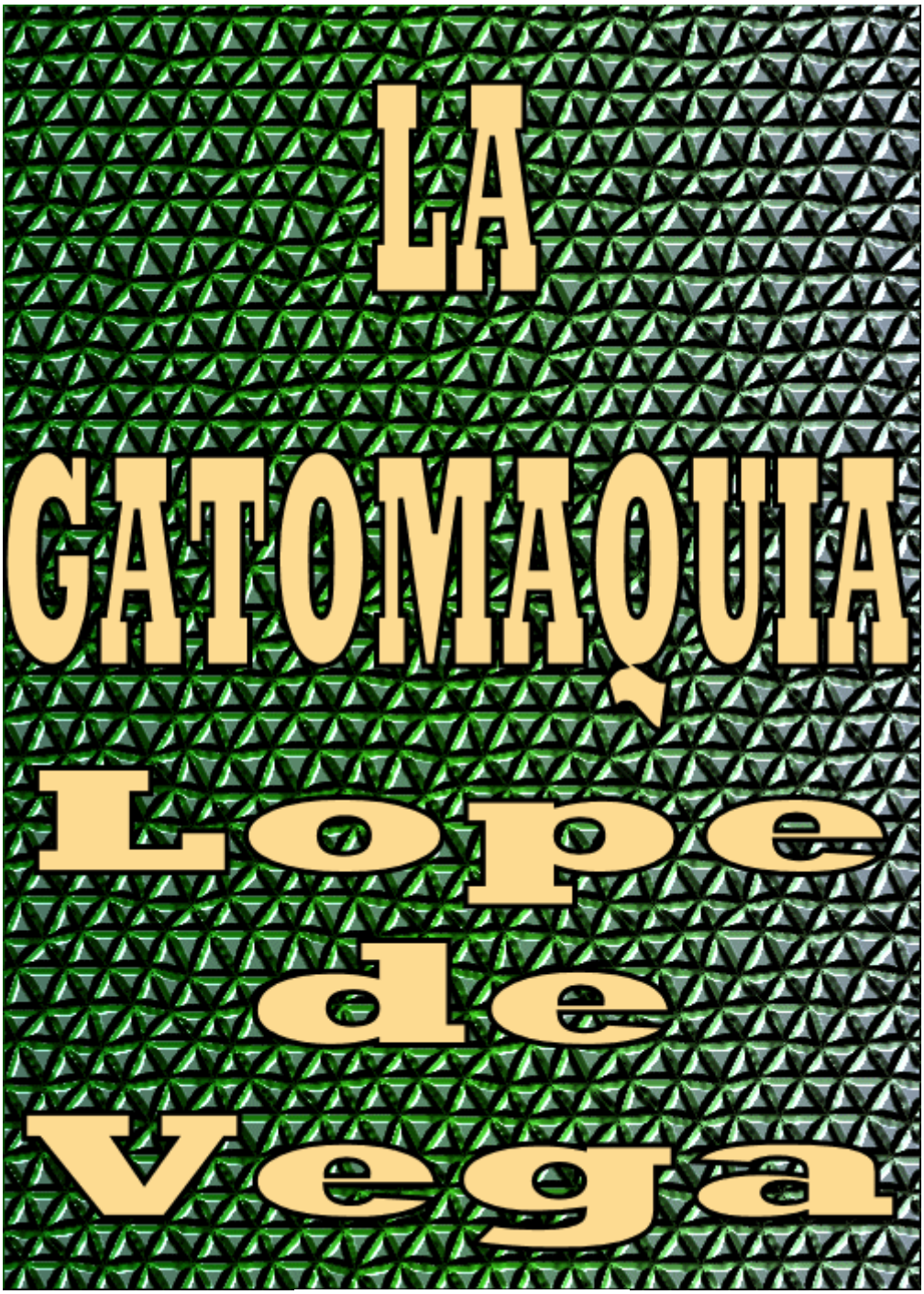
LIBROdot.com

LA GATOMAQUIA

LOPE DE VEGA



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A DON LOPE FÉLIX DEL CARPIO,
SOLDADO EN LA ARMADA DE SU MAJESTAD.

DE DOÑA TERESA VERECUNDIA AL LICENCIADO TOMÉ DE BURGUILLOS

SONETO

Con dulce voz y pluma diligente,
Y no vestida de confusos caos,
Cantáis, Tomé, las bodas, los saraos
De Zapaquilda y Mizifuf valiente.
Si a Homero coronó la ilustre frente
Cantar las armas de las griegas naos,
A vos de los insignes marramaos
Guerras de amor por súbito accidente.
Bien merecéis un gato de doblones,
Aunque ni Lope celebréis o el Taso,
Ricardos o Gofredos de Bullones.
Pues que por vos, segundo Gatilaso,
Quedarán para siempre de ratones
Libres las bibliotecas del Parnaso.

SILVA PRIMERA

YO, AQUEL que en los pasados
Tiempos canté las selvas y los prados,
Éstos vestidos de árboles mayores
Y aquéllas de ganados y de flores,
Las armas y las leyes,
Que conservan los reinos y los reyes,
Agora, en instrumento menos grave,
Canto de amor suave
Las iras y desdenes,
Los males y los bienes,
No del todo olvidado
El fiero taratántara, templado
Con el silbo del pífaro sonoro.
Vosotras, musas del castalio coro,
Dadme favor en tanto
Que, con el genio que me distes, canto
La guerra, los amores y accidentes
De dos gatos valientes;
Que, como otros están dados a perros,
O por ajenos o por propios yerros,
También hay hombres que se dan a gatos,
Por olvidos de príncipes ingratos,
O porque los persigue la fortuna
Desde el columpio de la tierna cuna.
Tú, don Lope, si acaso
Te deja divertir por el Parnaso
El Holandés pirata,
Gato de nuestra plata,
Que infesta las marinas
Por donde con la armada peregrinas,
Suspende un rato aquel valiente acero
Con que al asalto llegas el primero,
Y escucha mi famosa *Gatomaquia*;
Así desde las Indias a Valaquia
Corra tu nombre y fama,
Que ya por nuestra patria se derrama,
Desde que viste la morisca puerta
De Túnez y Biserta,
Armado y niño, en forma de Cupido,
Con el Marqués famoso
De mejor apellido,
Como su padre por la mar dichoso.
No siempre has de atender a Marte airado,
Desde tu tierna edad ejercitado,
Vestido de diamante,
Coronado de plumas, arrogante;
Que alguna vez el ocio
Es de las armas cordial socrocio,
Y Venus en la paz, como Santelmo,
Con manos de marfil le quita el yelmo.

Estaba sobre un alto caballete
De un tejado sentada
La bella Zapaquilda al fresco viento,
Lamiéndose la cola y el copete,
Tan fruncida y mirlada

Como si fuera gata de convento.
Su mesmo pensamiento
De espejo le servía,
Puesto que un rofo casco le traía
Cierta urraca burlona
Que no dejaba toca ni valona
Que no escondía por aquel tejado,
Confín del corredor de un licenciado.
Ya que lavada estuvo,
Y con las manos, que lamidas tuvo,
De su ropa de martas aliñada,
Cantó un soneto en voz medio formada
En la arteria vocal, con tanta gracia
Como pudiera el Músico de Tracia;
De suerte, que cualquiera que la oyera,
Que era solfa gatuna conociera,
Con algunos cromáticos disones,
Que se daban al diablo los ratones.
Asomábase ya la Primavera
Por un balcón de rosas y alelíes,
Y Flora, con dorados borceguíes,
Alegraba risueña la ribera;
Tiestos de Talavera
Prevenía el verano,
Cuando Marramaquiz, gato romano,
Aviso tuvo cierto de Maulero,
Un gato de la Mancha, su escudero,
Que al sol salía Zapaquilda hermosa,
Cual suele amanecer purpúrea rosa
Entre las hojas de la verde cama,
Rubí tan vivo, que parece llama,
y que con una dulce cantilena
En el arte mayor de Juan de Mena
Enamoraba el viento.
Marramaquiz, atento
A las nuevas del paje
(Que la fama enamora desde lejos),
Que, fuera de las naguas de pellejos
Del campanudo traje,
Introdución de sastres y roperos,
Doctos maestros de sacar dineros,
Alababa su gracia y hermosura,
Con tanta melindrífera mesura,
Pidió caballo, y luego fué traída
Una mona vestida
Al uso de su tierra,
Cautiva en una guerra
Que tuvieron las monas y los gatos;
Púsose borceguíes y zapatos,
De dos dediles de segar abiertos,
Que con pena calzó, por estar tuertos;
Una cuchara de plata por espada;
La capa, colorada,
A la francesa, de una calza vieja,
Tan igual, tan lucida y tan pareja,
Que no será lisonja
Decir que Adonis en limpieza y gala,
Aunque perdone Venus, no le iguala.
Por gorra de Milán, media toronja,

Con un penacho rojo, verde y bayo,
De un muerto por sus uñas papagayo,
Que diciendo: "¿ Quién pasa?" cierto día,
Pensó que el Rey venía,
Y era Marramaquiz, que andaba a caza,
Y halló para romper la jaula traza;
Por cuera, dos mitades que de un guante
Le ataron por detrás y por delante,
Y un puño de una niña por valona.
Era el gatazo de gentil persona
y no menos galán que enamorado:
Bigote blanco y rostro despejado,
Ojos alegres, niñas mesuradas
De color de esmeraldas diamantadas,
Ya caballo en la mona, parecía
El paladín Orlando, que venía
A visitar a Angélica la bella.
La recatada ninfa, la doncella,
En viendo el gato, se mirló de forma,
Que en una grave dama se transforma,
Lamiéndose, a manera de manteca,
La superficie de los labios seca,
y con temor de alguna carambola,
Tapó las indecencias con la cola,
y bajando los ojos hasta el suelo,
Su mirlo propio le sirvió de velo;
Que ha de ser la doncella virtuosa
Más recatada mientras más hermosa.
Marramaquiz entonces, con ligeras
Plantas batiendo el tetuán caballo,
Que no era Piedehierro, o Piedegallo,
Le dió cuatro carreras,
Con otras gentilezas y escarceos,
Alta demostración de sus deseos,
Y, la gorra en la mano,
Acercóse galán y cortesano,
Donde le dijo amores.
Ella, con las colores
Que imprime la vergüenza,
Le dió de sus guedejas una trenza;
y al tiempo que los dos marramizaban
y con tiernos singultos relamidos
Alternaban sentidos,
Desde unas claraboyas que adornaban
La azutea de un clérigo vecino,
Un bodocazo vino,
Disparado de súbita ballesta
Más que la vista de los ojos presta,
Que, dándole a la mona en la almohada,
Por de dentro morada,
Por de fuera pelosa,
Dejó caer la carga, y presurosa
Corrió por los tejados,
Sin poder los lacayos y criados
Detener el furor con que corría.
No de otra suerte que en sereno día
Balas de nieve escupe y, de los senos
De las nubes, relámpagos y truenos
Súbita tempestad en monte o prado,

Obligando que el tímido ganado
Atónito se esparza,
Ya dejando en la zarza
De sus pungentes laberintos vana,
La blanca, o negra lana
(Que alguna vez la lana ha de ser negra),
y hasta que el Sol en arco verde alegra
Los campos, que reduce a sus colores,
No vuelven a los prados ni a las flores,
Así los gatos iban alterados
Por corredores, puertas y terrados,
Con trágicos maúllos,
No dando, como tórtolas, arrullos,
y la mona, la mano en la almohada,
La parte occidental descalabrada,
y los húmidos polos circunstantes
Bañados de medio ámbar, como guantes.
En tanto que pasaban estas cosas,
y el gato en sus amores discurría
Con ansias amorosas
(Porque no hay alma tan helada y fría,
Que Amor no agarre, prenda y engarrafe),
Y el más alto tejado enternecía,
Aunque fuesen las tejas de Getafe,
Y ella, con ñifiñafe,
Se defendía con semblante airado,
Aquel de cielo y tierra monstro alado
Que, vestido de lenguas y de ojos,
Ya decrépito viejo con antojos,
Ya lince penetrante,
Por los tres elementos se pasea
Sin que nadie le vea,
Con la forma elegante
De Zapaquilda discurrió ligero
Uno y otro emisfero,
Aunque con las verdades lisonjera,
Y en cuanto baña en la terrestre esfera,
Sin excepción de promontorio alguno,
El cerúleo Neptuno,
Plasmante universal de toda fuente,
Desde Bootes a la Austral Corona
y de la zona frígida a la ardiente ... ...
... ...
Esto dijo la Fama, que pregona
El bien y el mal; y en viendo su retrato,
Se erizó todo gato
Y dispuso venir, con esperanza
Del galardón que un firme amor alcanza.
Los que vinieron por la tierra en postas,
Trajeron, por llegar a la ligera,
Sólo plumas y banda, calza y cuera;
Los que habitaban de la mar las costas
(Tanto pueden de amor dulces empresas)
Vinieron en artesas,
Mas no por eso menos
Hasta la cola de riquezas llenos;
y otros, por bizarría,
Para mostrar después la gallardía,
En cofres y baúles,

Sulcando las azules
Montañas de Anfitrite;
Y alguno que a disfraces se remite,
Por no ser conocido,
En una caja de orinal metido.
Con esto, en muchos siglos no fué vista
Como en esta conquista
Tanta de gatos multitud famosa,
Por Zapaquilda hermosa:
Apenas hubo teja o chimenea
Sin gato enamorado,
De bodoque tal vez precipitado,
Como Calisto fué por Melibea.
Ni ratón parecía,
Ni el balbuciente hocico permitía
Que del nido saliese,
Ni queso ni papel se agujeraba,
Por costumbre o por hambre que tuviese,
Ni poeta por todo el universo
Se lamentó que le royesen verso,
Ni gorrión saltaba,
Ni verde lagartija
Salía de la cóncava rendija.
Por otra parte el daño compensaba
Que de tanto gatazo resultaba;
Pues no estaba segura
En sábado morcilla ni asadura,
Ni panza, ni cuajar, ni aun en lo sumo
De la alta chimenea
La longaniza al humo,
Por imposible que alcanzarla sea,
Exempto a la porfía en la esperanza,
Que tanto cuanto mira, tanto alcanza.
Entre esta generosa ilustre gente
Vino un gato valiente,
De hocico agudo y de narices romo,
Blanco de pecho y pies, negro de lomo,
Que Mizifuf tenía
Por nombre, en gala, cola y gallardía
Célebre en toda parte
Por un Zapinarciso y Gatimarte.
Éste, luego que vió la bella gata,
Más reluciente que fregada plata,
Tan perdido quedó, que noche y día
Paseaba el tejado en que vivía,
Con pajes y lacayos de librea
(Que nunca sirve mal quien bien desea);
y sucedióle bien, pues luego quiso,
¡Oh gata ingrata!, a Mizifuf Narciso,
Dando a Marramaquiz celos y enojos.
No sé por cuál razón puso los ojos
En Mizifuf, quitándole al primero,
Con súbita mudanza,
El antiguo favor y la esperanza.
¡Oh, cuánto puede un gato forastero,
y más, siendo galán y bien hablado,
De pelo rizo y garvo ensortijado!
Siempre las novedades son gustosas:
No hay que fiar de gatas melindrosas.

Librodot

¿Quién pensara que fuera tan mudable
Zapaquilda, cruel y inexorable,
y que al galán Marramaquiz dejara
Por un gato que v1ó de buena cara,
Después de haberle dado
Un pie de puerco hurtado,
Pedazos de tocino y de salchichas?
iOh, cuán poco en las dichas
Está firme el amor y la fortuna!
¿En qué mujer habrá firmeza alguna?
¿Quién tendrá confianza,
Si quien dijo *mujer*, dijo *mudanza*?
Marramaquiz, con ansias y desvelos,
Vino a enfermar de celos,
Porque ninguna cosa le alegraba;
Finalmente, Merlín, que le curaba,
Gato de cuyas canas, nombre y ciencia
Era notoria a todos la experiencia,
Mandó que se sangrase;
y como no bastase,
Vino a verle su dama,
Aunque tenía en un desván la cama,
Adonde la carroza no podía
Subir, por alta, y por la estrecha vía;
Pero, en fin, apeada,
Entró, de su escudero acompañada.
Mirándose los dos severamente,
Después de sosegado el accidente,
Él con maúllo habló, y ella con mirlo,
(Que fuera harto mejor pegarla un chirlo);
Pero, por alegralle la sangría,
Le trujo su criada Bufalía
Una pata de ganso y dos ostiones.
Él se quejó con tímidas razones
En su lenguaje mizo,
A que ella con vergüenza satisfizo;
Quejas que, traducidas dél y della,
Así decían: —Zapaquilda bella,
¿Por qué me dejas tan injustamente?
¿Es Mizifuf más sabio? ¿Es más valiente?
¿Tiene más ligereza, mejor cola?
¿No sabes que te quise elegir sola
Entre cuantas se precian de mirladas,
De bien vestidas y de bien tocadas?
¿Esto merece que un invierno helado,
De tejado en tejado
Me hallaba el alba al madrugar el día,
Con espada, broquel y bizarría,
Más cubierto de escarcha
Que soldado español que en Flandes marcha
Con arcabuz y frascos?
Si no te he dado telas y damascos,
Es porque tú no quieres vestir galas
Sobre las naturales martingalas,
Por no ofender, ingrata a tu belleza,
Las naguas que te dió naturaleza;
Pero en lo que es regalos, ¿quién ha sido
Más cuidadoso, como tú lo sabes,
En cuanto en las cocinas, atrevido,

Pude garrafiñar de peces y aves?
¿Qué pastel no te truje, qué salchicha?
1 Oh terrible desdicha !
¡Pues no soy yo tan feo!
Que ayer me vi, mas no como me veo,
En un caldero de agua que de un pozo
Sacó para regar mi casa un mozo,
y dije: "¿Esto desprecia Zapaquilda?
¡Oh celos! ¡Oh piedad! ¡Oh amor! Reñilda.
No suele desmayarse al Sol ardiente
La flor del mismo nombre y la arrogante
Cerviz bajar humilde, que la gente,
Por la loca altitud, llamó *gigante*,
Ni queda el tierno infante
Más cansado, después de haber llorado,
De su madre en el pecho regalado,
Que el amante quedó sin alma. ¡Oh cielos,
Qué dulce cosa amor, qué amarga celos!
Ella, como le vió que ya exhalaba
Blandamente el espíritu en suspiros,
Y que piramizaba
Entre dulces de Amor fingidos tiros,
Por que no se le rompa vena o fibra,
El mosqueador de las ausencias vibra,
Pasándole dos veces por su cara.
Volvióle en sí; que aquel favor bastara
Pata libralle de la muerte dura,
y luego, con melífera blandura,
Le dijo en lengua culta:
—Si tu amor dificulta
El que me debes, en tu agravio piensas
Tan injustas ofensas;
Que, aunque es verdad que Mizifuf me quiere
y dice a todos que por mí se muere,
Yo te guardo la fe como tu esposa. —
Cesó con esto Zapaquilda hermosa,
Sellando honesta las dos rosas bellas;
Que siempre hablaron poco las doncellas,
Que, como las viudas y casadas,
No están en el amor ejercitadas.
Bajaba ya la noche,
y las ruedas del coche,
Tachonadas de estrellas,
Brilladores diamantes y centellas,
Detrás de las montañas resonaban;
Los pájaros callaban,
Dejando el campo yermo,
Cuando los pajes del galán enfermo
En el alto desván hachas metían,
Que alumbrar la carroza prevenían.
Entonces los amantes
(Que son los cumplimientos importantes),
Ella por irse, y él quedarse a solas,
Se hicieron reverencia con las colas.

SILVA SEGUNDA

CONVALECIENTE YA de las heridas
De los crueles celos
De Mizifuf Marrarnaquiz valiente
(Aquellos que han costado tantas vidas,
y que en los mismos cielos
A Júpiter, señor del rayo ardiente,
Con disfraz indecente,
Fugitivo de Juno,
Su rigor importuno
Tantas veces mostraron,
Que en fuego, en cisne, en buey le trasformaron
Por Europa, por Leda y por Egina),
Con pálida color y banda verde,
Para que la sangría se le acuerde
(Que amor enfermo a condolerse inclina).
Paseaba el tejado y la buharda
De aquella ingrata cuanto hermosa fiera.
Quien ama fieras, qué firmeza espera?
¿Qué fin, qué premio aguarda?
Zapaquilda, gallarda,
Estaba en su balcón, que no atendía
Más de a saber si Mizifuf venía,
Cuando Garraf, su paje,
Si bien de su linaje,
LLegó con un papel y una bandeja.
Ella la cola y el confín despeja,
y la bandeja toma,
Sobre negro color labrada de oro
Por el Indio oriental, y con decoro
Mira si hay algo que primero coma:
Ofensa del cristal de la belleza,
Propia naturaleza
De gatas ser golosas,
Aunque al tomar se finjan melindrosas;
y antes de oír al paje,
Ve las alhajas que el galán envía:
Qué joya, qué invención, qué nuevo traje.
En fin, vió que traía
Un pedazo de queso
De razonable peso
Y un relleno de huevos y tocino
Y Atis, en fruta que produce el pino
Entre menuda rama,
En la falda del alto Guadarrama,
Por donde van al bosque de Segovia;
Y luego, en fe de que ha de ser su novia,
Dos cintas que le sirvan de arracadas,
Gala que sólo a gatas regaladas,
Cuando pequeñas, las mujeres ponen.
Que de rosas de nácar las componen.
Tomó luego el papel, y con sereno
Rostro apartando el queso y el relleno,
Vió que el papel decía:
"Dulce señora, dulce prenda mía,
Sabrosa (aunque perdone Garcilaso
Si el consonante mismo sale al paso)

Más que la fruta del cercado ajeno:
Ese queso, mi bien, ese relleno
Y esas cintas de nácar os envío,
Señas de la verdad del amor mío."
Aquí llegaba Zapaquilda, cuando
Marramaquiz, celoso, que mirando
Estaba desde un alto caballete
Tan gran traición, colérico arremete,
y echa veloz, de ardiente furia lleno,
Una mano al papel y otra al relleno.
Garraf se pasma y queda sin sentido,
Como el que oyó del arcabuz el trueno
Estando divertido;
A quien el ofendido
Tiró una manotada con las fieras
Uñas, de suerte, que, formando esferas
Por la región del aire vagaroso
Le arrojó tan furioso,
Que en el claro cristal de sus espejos
Pudo cazar vencejos,
Menos apasionado y más ocioso.
No de otra suerte el .jugador ligero
Le vuelve la pelota al que la saca,
Herida de la pala resonante:
Quéjase el aire, que del golpe fiero
Tiembla, hasta tanto que el furor se aplaca,
Y chaza el que interviene, el pie delante.
El gatazo arrogante,
Sin soltar el relleno, despedaza
El papel, que en los dientes,
Con la espuma celosa, vuelve estraza,
Y a Zapaquilda atónita amenaza.
Como se suele ver en las corrientes
De los undosos ríos quien se ahoga,
Que, asiéndose de rama, yerba o soga,
La tiene firme, de sentido ajeno,
Así Marramaquiz tiene el relleno;
Que, ahogándose en congojas y desvelos,
No soltaba la causa de los celos.
¡Oh, cuánto amor un alma desespera,
Pues cuando ya se ve sin esperanza,
En un relleno tomará venganza!
Mas ¿quién imaginara que pudiera
Dar celos el amor, en ocasiones,
Con rellenos de huevos y piñones?
Mas ¡ay de quien le había
Hecho para la cena de aquel día!
Huyóse al fin la gata, y, con el miedo,
Tocó las tejas con el pie tan quedo,
Que la amazona bella parecía
Que por los trigos pálidos corría
Sin doblar las espigas de las cañas:
Que de tierras estrañas
Tales gazapas las historias cuentan.
Los miedos que a la gata desalientan
La hicieron prometer, si la libraba,
Al niño Amor un arco y una aljaba,
De aquel celoso Rodamonte fiero
Hasta pasar las furias del enero,

El cual juró olvidarla, y en su vida,
Desnuda ni vestida,
Volver a verla, ni tener memoria
De la pasada historia,
y buscar algún sabio
Para satisfacción de tanto agravio.
Pero fueron en vano sus desvelos;
Que amor no cumple lo que juran celos,
Y tanto puede una mujer que llora,
Que vienen a reñirla, y enamora,
Creyendo el que ama, en sus celosas iras,
Por una lagrimilla mil mentiras.
Y como Ovidio escribe en su Epistolio,
Que no me acuerdo el folio,
Estas heridas del amor protervas
No se curan con yerbas;
Que no hay para olvidar amor remedio
Como otro nuevo amor, o tierra en medio.
Garraf, en tanto que esto se trataba,
Estropeado a Mizifuf llegaba,
Mayando tristemente
En acento hipocóndrico y doliente,
Como suelen andar los galloferos
Para sacar dineros,
Manqueando de un brazo
Colgado de un retazo,
Y débiles las piernas,
Una cerrando de las dos linternas,
Por mirar a lo bizco.
Luego en el Corazón le dió un pellizco
La mala nueva, que adelanta el daño,
Haciendo el aposento al desengaño,
Y díjole: —¿Qué tienes,
Garraf amigo, que tan triste vienes? —
Entonces él, moviendo tremolante
Blanda cola detrás, lengua delante,
Le refirió el suceso,
Y que Marramaquiz papel y queso.
Y relleno también, le había tomado,
Como celoso airado,
Como agraviado necio,
Con infame desprecio,
Con descortés porfía,
Y que, de tan estraña gatería
Zapaquilda admirada,
Huyó por el desván, la saya alzada;
Que lo que en las mujeres son las naguas,
De raso, tela o chamelote de aguas,
Es en las gatas la flexible cola,
Que *ad libitum* se enrosca o se enarbola.
Contóle que de aquella manotada,
Con su cuerpo afligido,
De miedo helado y de licor teñido,
Descalabró los aires,
Y, con otros agravios y desaires,
Que prometió vengarse por la espada
De haberle enamorado a Zapaquilda
Y hablarla en el tejado de Casilda
(Una tendera que en la esquina estaba);

Librodot

y dijo que pensaba,
En desprecio y afrenta de sus dones,
Hacer de los listones
Cintas a sus zapatos.
¡Oh celos!, si entre gatos,
De burlas y de veras,
Formáis tales quimeras,
¿Qué haréis entre los hombres
De hidalgo proceder y honrados nombres?
No estuvo más airado
Agamenón en Troya
Al tiempo que, metiendo la tramoya
Del gran Paladión, de armas preñado,
Echaron fuego a la ciudad de Eneas
De ardientes hachas y encendidas teas
(Causa fatal del miserable estrago
De Dido y de Cartago,
Por quien dijo Virgilio
Que llorando decía,
Destituida de mortal auxilio:
"¡Ay, dulces prendas cuando Dios quería!"),
Ni Barbarroja en Túnez,
Ni el fuerte Pirro, ni Simón Antúnez,
Éste bravo español y griego el otro,
Que Mizifuf, como si fuera potro
Relinchando de cólera, en oyendo
El fiero y estupendo
Furor de su enemigo;
Mas, prometiendo darle igual castigo,
Se fué a trazar el modo
De vengarse de todo;
Que a un pecho noble, a un ínclito sujeto,
Mayor obligación, más celo alcanza
De poner en efeto
Desempeñar su honor con la venganza.
Marramaquiz, en tanto,
Desesperado por las selvas iba
Para buscar el sabio Garfiñanto,
Al tiempo que el Aurora, fugitiva
De su cansado esposo,
Arrojaba la luz a los mortales
Y el Sol, infante en líquidos pañales
De celajes azules,
Mandaba recoger en sus baúles,
Para poder abrir los de oro y rosa,
El manto de la noche temerosa,
Aunque era todo el manto de diamantes,
En el zafiro nítido brillantes
Ojos del sueño, el hurto y el espanto.
Este gatazo y sabio Garfiñanto,
Cano de barba y de mostachos yerto,
De un ojo remellado y de otro tuerto,
Bien que de ilustre cola venerable,
Y que sabía con rigor notable
Natural y moral filosofía,
Por los montes vivía
En una cueva oculta,
Cuya entrada a las fieras dificulta,
Como el de Polifemo, un alto risco.

Librodot

No se le daba un prisco
De riquezas del mundo; que estimaba
Sólo el Sol, que Alejandro le quitaba
A aquel que, de los hombres puesto en fuga,
Metido en un tonel, era tortuga.
¡Bien haya quien desprecia
Esta fábula necia
De honores, pretensiones y lugares,
Por estudios o acciones militares!
Sabía Garfiñanto astrología,
Mas no pronosticaba;
Que decía que el cielo gobernaba
Una sola virtud que le movía,
A cuya voluntad está sujeto
Cuanto crió, que todo fué perfeto.
No sacaba almanaque
Ni decía que en Trya y los Alfaques
Verían abundancia
De pepinos y brevas,
Muchas lentejas en París y en Tebas,
y que cierta cabeza de importancia,
Sin decirnos adónde, faltaría;
Que por mujeres Venus prometía
Pendencias y disgustos,
Como si por sus celos o sus gustos
Fuese en el mundo nuevo.
Pero, volviendo a nuestro sabio Febo,
Después de consultado,
Dijo a Marramaquiz que su cuidado
En vano a Zapaquilda pretendía,
Y que sólo sería
Remedio que pusiese en otra parte,
Vengándose con arte,
Los ojos, divirtiendo el pensamiento;
Que amar era cruel desabrimiento,
Más que traer un áspid en las palmas,
En no reciprocándose las almas:
Que Amor se corresponde con Anteros,
Y más si lo negocian los dineros.
Destituido el gato
Ya de mortal socorro,
Se fué, calando el morro,
Y dióle una salchicha,
Por no mostrarse a Garfiñanto ingrato;
Que no pagar la ciencia
Es cargo de conciencia,
Mas dicen que de sabios es desdicha.
Pensando en quién pusiese, finalmente,
De toda la gatesca bizarría,
La dulce enamorada fantasía
Para verse de amor convaleciente,
Se le acordó que enfrente
De su casa vivía un boticario
De cuyo cocinante vestuario
Una gata salía,
Que la bella Mizilda se decía,
Y, sentada tal vez en su tejado,
Miraba, como dama en el estrado,
Los nidos de los sabios gorriones,

Dejando pulular los embriones,
Y, en viendo abiertos los maternos huevos,
Comerse algunos de los ya mancebos.
Admitiendo este nuevo pensamiento,
Más que su voluntad, su entendimiento
(Que amor en las venganzas se resfría,
Emprende mucho y ejecuta poco),
Por entonces templó la fantasía;
Que aquello es cuerdo lo que duerme un loco.
Estaba el Sol ardiente
Una siesta de mayo calurosa,
Aunque amorosamente
Plegando el nácar de la fresca rosa
Que producen los Niños abrazados,
Huevos del Cisne y huevos estrellados,
Pues que los hizo estrellas,
Cuando Mizilda con las manos bellas
La cara se lavaba y componía,
No lejos del tejado en que vivía
Marramaquiz, que ya con más cuidado
La miraba y servía,
En fe del Garfiñanto consultado,
Cuando al mismo tejado
Zapaquilda llegó por accidente.
El gato, viendo la ocasión presente
Para que su deseo
La diese celos con el nuevo empleo,
Llegándose más tierno y relamido
A Mizilda, que ya, de vergonzosa,
Estaba más hermosa,
Y, equívoco, fingiendo
Falso desprecio, descuidado olvido,
En su venganza misma padeciendo
Amorosos deseos
(Tales son del amor los devaneos),
Requebraba a Mizilda, a quien pensaba
Ofrecer los despojos
De aquella guerra, paz de sus enojos,
Y a Zapaquilda a lo traidor miraba
En las intercadencias de los ojos:
Tan estraño sentido,
Que es menos entendido
Mientras que más parece que se entiende,
Pues siempre con engaños se defiende;
Que si las luces de los ojos miras,
Basta ser niñas para ser mentiras.
Mizilda, a quien tocaba en lo más vivo
El amor primitivo,
Porque, como doncella, fácilmente
A lo que entonces siente
La tierna edad, se rinden y avasallan,
Hablando con los ojos cuando callan,
De buena gana dió fácil oído
A los requiebros del galán fingido,
Con que ya andaban de los dos las colas
Más turbulentas que del mar las olas.
Zapaquilda, sentida
De aquella libertad (que es propio efeto
De la que fué querida

Sentir desprecio donde vió respeto),
Murmurando entre dientes,
Amenazaba casos indecentes
Entre personas tales,
En calidad y en nacimiento iguales
Como se ve gruñir perro de casa,
Mirando al que se entró de fuera enfrente,
Estando en medio de los dos el hueso,
Que ninguno por él, de miedo, pasa,
Parando finalmente
Las iras del canículo suceso
En que ninguno de los dos le come,
Obligando a que tome
Un palo algún criado,
Que los desparte airado
Y deja divididos,
Quedando el hueso en paz y ellos mordidos
Así feroz gruñía
Zapaquilda envidiosa,
Efeto de celosa,
Aunque al gallardo Mizifuf quería;
Que hay mujeres de modo,
Que aunque no han de querer, lo quieren todo
Por que otras no lo quieran,
Y luego que rindieron lo que esperan,
Vuelven a estar más tibias y olvidadas.
Finalmente, las gatas encontradas,
Siendo Marramaquiz el hueso en medio
(Tal suele ser de celos el remedio),
A pocos lances de mirarse airadas,
Vinieron a las manos, dando al viento
Los cabellos y faldas;
Y en tanto arañamiento,
Turbadas de color las esmeraldas,
Maullando en tiple, y el gatazo en bajo,
Cayeron juntas del tejado abajo,
Con ligereza tanta
(Aunque decirlo espanta,
Por ser, como era, el salto
Cinco suelos en alto,
Hasta el alero, del tejado fines),
Que no perdió ninguna los chapines;
Quedando el negro amante,
Después de tan estraños desconsuelos,
Muerto de risa en acto semejante:
¡Tan dulce es la venganza de los celos!

SILVA TERCERA

DISTABA DE los polos igualmente
La máscara del Sol, y Cinosura,
Primera cuadrilátera figura,
Con la estrella luciente
Que mira el navegante,
Bordaba la celeste arquitectura;

Velaba todo amante
Por el silencio de la noche oscura,
Y en el indiano clima el Sol ardía,
En dos mitades dividido el día,
Cuando, gallardo, Mizifuf valiente
Paseaba el tejado de su dama,
Que sangrada en la cama
La tuvo el accidente
Dos días, que faltó sol al tejado
Y estuvo la cocina sin cuidado,
No por la altura de los siete suelos
Mas por el sobresalto de los celos.
Iba, galán y bravo,
Un cucharón sin cabo,
Destos de yerro, de sacar buñuelos,
Por casco en la cabeza,
Que en ella tienen la mayor flaqueza,
Pues no suelen morir de siete heridas,
Por quien dicen que tienen siete vidas,
Y un golpe en la cabeza los atonta:
Así la tienen a desmayos pronta.
Broquel de cobertera,
Espada de a caballo, que antes era
Cuchillo viejo de limpiar zapatos,
Que él solía llamar *timebunt gatos*;
Y por las manchas de los pies y el anca,
Natural media blanca,
y capa, de un bonete colorado,
Abierto por un lado;
Plumas, de un pardo gorrión, cogido
Por ligereza, pero no por arte.
Así rondaba el nuevo Durandarte,
Galán favorecido,
Porque son los favores de la dama
Guarnición de las galas de quien ama.
Dos músicos traían instrumentos,
A cuyo Son y acentos
Cantaban dulcemente;
Y así, llegando del balcón enfrente
De Zapaquilda bella,
Cantaron un romance que por ella
Compuso Mizifuf, poeta al uso,
Que él tampoco entendió lo que compuso.
Mas, puesta a la ventana
Con serenero de su propia lana,
Hasta que Bufalía
Le trujo un rocadero,
Que, por más gravedad y fantasía,
Sirvió de capirote y serenero.
En medio de lo grave
Del romance suave,
Les dijo con despejo,
Pareciéndole versos a lo viejo,
Que jácara cantasen picaresca,
Y así, cantaron la más nueva y fresca;
Que, para que lo heroico y grave olviden,
Hasta las gatas jácaras les piden:
¡Tanto el mundo decrépito delira!
Aquí se resolvió la dulce lira,

Librodot

Y en dos lascivos ayes,
Andolas, guirigayes
Y otras tales bajezas,
Cantaron, pues, las bárbaras proezas
Y hazañas de rufianes:
Que éstos son los valientes capitanes
Que celebran poetas
De aquellos que, en estremas
Necesidades, viven arrojados
Al vulgo, como perros a leones;
Que la virtud y estudios mal premiados
Mueren por hospitales y mesones:
¡Verdes laureles de Virgilios y Enios,
Perecer la virtud y los ingenios!
Mas ¿quién le mete a un hombre licenciado
Más que en hablar de solo su tejado?
Que no le dió la escuela más licencia;
Que es todo lo demás impertinencia.
Cuando aquesto pasaba,
Marramaquiz estaba
Inquieto y acostado,
Treguas pidiendo a su mortal cuidado;
Pero como el amor le desvelaba,
Dió, de sentido falto,
Desde la cama un salto,
Compuesta de pellejos,
Otro tiempo conejos
Que en el Pardo vivían,
Y en la cola sus cédulas traían,
Para seguridad de sus personas;
Mas ¡ay, muerte cruel!, ¿a quién perdonas?
Saltó, en efeto, como el Conde Claros;
Y armándose de ofensas y reparos,
Vino de ronda al puesto por la posta,
Por ver si había moros en la costa;
Y no siendo ilusión el pensamiento
(Que del alma el primero movimiento
Pocas veces engaña),
No suele débil caña
En las espadas verdes esparcidas,
Del aire sacudidas,
Hacer manso ruido
Con más veloz sonido
Como rugió los dientes,
Ni entre .los accidentes
Del erizado frío
Al enfermo sucede
Aquel ardor contrario,
Como de ver tan loco desvarío,
Que apenas le concede,
Entre uno y otro pensamiento vario,
Respiración y aliento,
De la vida instrumento,
Helado y abrasado
Entre ardores y yelos;
Que al frío de los celos
Frígido fuego sucedió mezclado,
Que, Con distinto efeto
En un mismo sujeto

Viven, siendo contrarios:
La causa es una, y los efectos varios.
Miraba a Zapaquilda en la ventana
Hablando con su amante.
Sin miedo de la luz de la mañana,
Que coronaba el último diamante
Del manto de la noche, que iba huyendo,
Y cantando y tañendo
Los músicos. con tanto desenfado
Como si fuera su tejado el Prado;
Que nunca los amantes,
Previnieron peligros semejantes:
Así los embeleca
Amor, de Ceca en Meca,
Como, olvidado Antonio con Cleopatra,
La gitana de Menfis, que idolatra;
Que, ciego de su gusto, no temía
El César, que siguiéndole venía.
Porque si fué romano Octaviano,
También Marramaquiz era romano;
Y si valiente César y prudente,
No menos fué prudente que valiente;
Que, en su tanto los méritos mirados,
César pudiera ser de los tejados.
Como, detrás del árbol escondido,
Mira y advierte con atento oído
El cazador de pájaros el ramo
Donde tiene la liga y el reclamo,
Para en viendo caer el inocente
Jilguero, que los dulces silbos siente
Del amigo traidor, que le convida
A dura cárcel con la voz fingida,
Y apenas ve las plumas revolando
Entre la liga, cuando
Arremete y le quita, no piadoso,
Sino fiero y cruel, así el celoso
Marramaquiz. atento
Esperaba el primero movimiento
Del venturoso amante, que decía
Con dulce mirlamiento:
—Dulce señora mía,
¿Cuándo será de nuestra boda el día?
¿Cuándo querrá mi suerte que yo pueda
Llamaros dulce esposa,
Que entonces para mí será dichosa?
¡Ay, tanto bien el cielo me conceda!
Mas fué nuestra fortuna
Que Júpiter jamás por ninfa alguna,
Aunque se transformaba
En buey, que el mar pasaba,
En sátiro, y en águila, y en pato,
Nunca le vieron transformarse en gato;
Porque si alguna vez gatiquisiera,
De los amantes gatos se doliera.—
Con voz enamorada,
Doliente y desmayada,
La gata respondía:
—Mañana fuera el día
De nuestra alegre boda;

Librodot

Pero todo mi bien desacomoda
Aquel infame gato fementido,
Marramaquiz, celoso de mi olvido,
Que en llegando a saber mi casamiento,
Hubiera temerario arañamiento,
Y estimar vuestra vida
Me tiene temerosa y encogida;
Que es robusto y valiente
Y, en materia de celos, impaciente.
Mejor será matalle con veneno. —
Aquí, de furia. lleno,
Respondió Mizifuf: —¿Por un villano
Pierdo el favor de vuestra hermosa mano?
¿Él, señora, lo estorba?
¿Es por ventura más que yo valiente?
¿Tiene la uña corva
Más dura que la mía,
O más agudo y penetrante el diente?
Entre la mostachosa artillería,
¿Qué hueso de la pierna o espinazo
Se me resiste a mí ¿Qué fuerte brazo?
¿Yo no soy Mizifuf? ¿Yo no desciendo
Por línea recta, que probar pretendo,
De Zapirón, el gato blanco y rubio
Que después de las aguas del diluvio
Fué padre universal de todo gato?
Pues ¿cómo agora, con desdén ingrato,
Tenéis temor de un maullador gallina,
Valiente en la cocina,
Cobarde en la campaña,
Y referís por invencible hazaña
Dar a Garraf, un gato mi escudero,
Que, fuera de ser gato forastero,
Es agora tan mozo,
Que apenas tiene bozo,
Una guantada con las uñas cinco,
Si de repente dió sobre él un brinco?
¡Qué Cipión del africano estrago!
¡Qué Anibal de Cartago!
¡Qué fuerte Pero Vázquez Escamilla,
El bravo de Sevilla!
Por esos ojos que a la verde falda
De las selvas hurtaron la esmeralda,
Que si entonces me hallara en el tejado,
Que no llevara, como se ha llevado,
El queso y el relleno,
Y ¿queréis que le mate con veneno?
Ésa es muerte de príncipes y reyes,
Con quien no valen las humanas leyes;
No para un gato bárbaro, cobarde,
Cuyas orejas os traeré esta tarde,
Y de cuyo pellejo,
Si no me huye con mejor consejo,
Haré, para comer con más gobierno,
Una ropa de martas este invierno. —
Aquí Marramaquiz, desatinado,
Cual suele arremeter el jarameño
Toro feroz, de media luna armado,
Al caballero, con airado ceño

Librodot

(Andaluz o extremeño;
Que la patria jamás pregunta el toro),
Y, por la franja del bordado de oro
Caparazón, meterle en la barriga
Dos palmos de madera de tinteros,
Acudiendo al socorro caballeros,
A quien la sangre o la razón obliga,
Al caballo inocente, que pensaba,
Cuando le vió venir, que se burlaba,
—¡Gallina Mizifuf! —dijo furioso,
El hocico limpiándose espumoso—,
Blasonar en ausencia
No tiene de mujeres diferencia.
Yo soy Marramaquiz; yo, noble al doble
De todo gato de ascendiente noble:
Si tú de Zapirón, yo de Malandro,
Gato del macedón Magno Alejandro
Desciendo, como tengo en pergamino,
Pintado de colores y oro fino,
Por armas un morcón y un pie de puerco,
De Zamora ganados en el cerco,
Todo en campo de golas,
Sangriento más que rojas amapolas,
Con un cuartel de quesos asaderos,
Roeles en Castilla los primeros.
No fueron en cocinas mis hazañas,
Sino en galeras, naves y campañas;
No con Garraf, tu paje:
Con gatos moros, las mejores lanzas;
Que yo maté en Granada a Tragapanzas,
Gatazo abencerraje,
Y cuerpo a cuerpo en Córdoba a Murcifo,
Gato que fué del regidor Rengifo,
Y de dos uñaradas
Deshice a Golosillo las quijadas,
Por gusto de una miza, mi respeto,
Y le quité una oreja a Boquifleto,
Gato de un albañil de Salobreña;
La cola en .Fuentidueña
Quité de un estirón a Lameplatos,
Mesonero de gatos,
Sin otras cuchilladas que he tenido,
Y la que di a Garrido,
Que del Corral de los Naranjos era,
Por la espada primera,
Único gaticida.
Pero es hablar en cosa tan sabida
Decir que el tiempo vuela y no se para,
Que no hay cara más fea que la cara
De la necesidad, y la más bella,
Aquella del nacer con buena estrella,
Que alumbra el Sol y que la nieve enfría,
Que es oscura la noche y claro el día.
Esa gata cruel que me ha dejado
Por tu poco valor, verá muy presto,
Siendo aqueste tejado
El teatro funesto,
Cómo te doy la muerte que mereces,
Porque mi vida a Zapaquilda ofreces.

Llevando tu cabeza presentada
A Mizilda, que es ya mi prenda amada:
Mizilda, que es más bella
Que al vespertino Sol cándida estrella
Venus, que rutilante
Es de su anillo espléndido diamante.
Ésta sí que merece la fe mía,
Mi constancia, mi amor, mi bizarría;
Que no gatas mudables,
Que si por su hermosura son amables,
Son por su condición aborrecibles,
Amigas de mudanzas e imposibles.—
Aquí sacó la espada ruginosa
De la vaina mohosa,
Y a los golpes primeros
Se llamaron fulleros,
Si bien no hay deshonor desenvainada,
Y Zapaquilda, huyendo,
Del súbito temor la sangre helada,
Dejóse el serenero en el tejado.
Los músicos, en viendo
El belicoso duelo comenzado,
Huyeron, como suelen;
Que no hay garzas que vuelen
Tan altas por los vientos,
Dicen que por guardar los instrumentos,
Y mil razones tienen,
Pues que sólo a cantar en ellos vienen;
Que mal cantara un hombre si supiera
Que había luego de sacar la espada,
Que tanto el pecho altera,
Ni pudiera formar la voz, turbada;
Que hay mucha diferencia, si se mira,
De dar en los broqueles, o en las cuerdas,
Pasar la espada el pecho, o por la lira
El arco, hiriendo las pegadas cerdas.
Andaba entonces Guruguz de ronda
Con una escuadra vil de sus esbirros,
Cuyo abuelo, nacido en Trapisonda,
Curaba hipocondríacos y cirros,
y viéndolos andar a la redonda,
Como si fueran Césares o Pirros
Los dos valientes gatos,
Con fuerte anhelo descansando a ratos,
Llegaron a ponerse de por medio,
Que fué difícil, pero fué remedio.
Mas como respetar a la justicia,
De gente principal respeto sea,
Y lo contrario bárbara malicia,
Luego Marramaquiz rindió la espada;
¿Quién habrá que lo crea?
Mas viendo Guruguz que no quería
Que el amistad quedase confirmada,
Sino permanecer en su porfía,
Llevólos a la cárcel, enojado,
Cuando Febo dorado
Asomaba la frente
Por las ventanas del rosado Oriente,
Como si azúcar fuera, y de colores

Librodot

En campo verde iluminó las flores.

SILVA CUARTA

QUIEN DICE que el amor no puede tanto,
Que nuestro entendimiento
No puede sujetarle, es imposible
Que sepa qué es amor, que reina en cuanto
Compone alguna parte de elemento
En el mundo visible.
¡Oh fuerza natural incomprensible,
Que en todo cuanto tiene
Una de las tres almas,
A ser el alma de sus almas viene!
¿Quién no se admira de mirar las palmas
En la región del África desnuda,
Cuando su fruto en oro el color muda,
Con solo aquel ardor vegetativo,
Amarse dulcemente?
Que en lo demás que siente,
No es mucho que de amor el fuego vivo
Imprima sentimiento
Y natural deseo
Con lazos de pacífico himeneo.
La fiera, el ave, el pez en su elemento,
Todos aman, y quieren
Por la razón de bien, lo que es amable,
Pues ama lo que es sólo vegetable,
Si de ningún sentido el bien infieren.
Entre las cosas que por él adquieren
Algún conocimiento
(Perdonen cuantas aves y animales
De su distinto gozan elemento),
Ningunas son iguales
En amor a los gatos,
Exceptando las monas,
Que hasta en esto se precian de personas,
Y ya que no en esencia, en ser retratos;
Porque acontece, con el hijo al pecho,
Abrazalle con lazo tan estrecho,
Que le hacen exhalar la sensitiva
Alma vital. Así el amor las priva,
Que fué en la estimativa conocido
Del natural sentido;
Y si por opinión crítico alguno
Tiene que amor tan loco
No puede haber en animal ninguno,
Váyase poco a poco
Al africano Tetuán, adonde
Verá cómo, a los árboles trepando
Esta del hombre semejanza propia,
De que hay allí gran copia,
Ya sale con el hijo, ya se esconde,
Ya los que van o vienen caminando,
Con risa de monesco regocijo,

Muestra el peloso hijo.
Mas fuera disparate,
Si no es que en ellas trate,
Ir por ver una mona
Hasta el África un hombre;
Que si de Tito Livio llevó el nombre
Muchos hombres a Roma, fué corona
De los historiadores;
Que sólo aquellas cosas superiores,
Dignas por fama de admirable espanto,
Es bien que cuesten tanto,
Como ver a Venecia,
Perche chi non la vede non la prezzia;
Que al cielo desde el agua se avecina,
Y en góndolas, por coches, se camina.
Los gatos, en efeto,
Son del amor un índice perfeto,
Que a los demás prefiere;
Y quien no lo creyere,
Asómese a un tejado
Con frías noches de un invierno helado,
Cuando miren las Hélices noturnas
Las estrenadas urnas
Del frígido Acüario:
Verá de gatos el concurso vario,
Por los melindres de la amada gata,
Que sobre tejas de escarchada plata
Su estrado tiene puesto,
Y con mirlado gesto
Responde a los maúllos amorosos
De los competidores,
No de otra suerte oyendo sus amores
Que Angélica la bella
De Ferragut y Orlando,
Amantes belicosos,
Cuando andaban por ella
Sin comer y dormir, acuchillando
Franceses y españoles,
De que no se le dió dos caracoles.
¿Qué cosa puede haber con que se iguale
La paciencia de un gato enamorado,
En la canal metido de un tejado
Hasta que el alba sale,
Que, en vez de rayos, coronó el Oriente
De carámbanos frígidos la frente,
Pues sin gabán, abrigo ni sombrero,
Febo oriental le mirará primero
Que él deje de obligar con tristes quejas
Las de su gata rígidas orejas,
Por más que el cielo llueva
Mariposas de plata cuando nieva?
Mas dejando cansadas digresiones
Que el Retórico tiene por viciosas,
Aunque en breves paréntesis gustosas,
Presos los dos gatíferos campiones
Por no querer hacer las amistades
Y responder soberbias libertades,
Dicen que Zapaquilda
Y la bella Mizilda,

Librodot

Tapadas de medio ojo
Con sus mantos de humo,
Que es llegar a lo sumo
De un amoroso antojo,
Fueron a ver sus presos;
Que en tanta autoridad tales excesos
Parecen desatino.
En fin, Mizilda enamorada vino,
Con que a toda objeción amor responde.
Así la infanta doña Sancha al Conde
Garci Fernández, preso, visitaba
En la oscura prisión del Rey su padre,
Dicen que con deseos de ser madre,
Que había días que sin él estaba.
Cada cual de las dos imaginaba
Que la otra venía
Por el que ella quería;
Y con este engañado pensamiento,
Que nunca tienen mucho fundamento
Los celos, comenzaron a mirarse,
En manifestación de sus enojos,
Tirándose relámpagos los ojos.
¡Oh, quién las viera entonces levantarse
Sobre los pies derechas,
A ver si eran verdades las sospechas,
Y de ser descubiertas recatarse!
Condición de los celos, esconderse,
Quererse declarar, y no atreverse;
Que como son desprecio del paciente,
Huye de que se entienda lo que siente;
Que amar siempre se tuvo por nobleza,
Y los celos, por acto de bajeza,
Como si amor pudiese estar sin celos,
Que más pueden estar sin Sol los cielos:
Testigo, Juno, y Pocris, a quien llora
Céfalo por los celos de la Aurora.
En fin, después de sufrimiento tanto,
Quitó Mizilda de la cara el manto
A la siempre celosa Zapaquilda,
Y ella, echando las uñas a Mizilda,
Con el rebozo, el moño.
No suele por los fines del otoño
Quedar la vid ñudosa en los sarmientos,
De los marchitos pámpanos robada,
Sin resistencia a los primeros vientos,
Que con nevado soplo y boca helada
Cierzo dejó cadáver con la fiera
Mano que floreció la primavera,
Como las dos quedaron en la rifa;
Ni Fátima y Jarifa
Por el abencerraje Abindarráez,
Ni por Martín Peláez,
Que del Cid heredó la valentía,
Doña Urraca y María de Meneses,
Aquella a quien pedía
Con palabras corteses
Las nueces su galán si no bailaba:
Así celoso amor las provocaba.
En fin, a puros tajos y reveses

Librodot

De las rapantes uñas aguileñas,
Desmoñadas las greñas
y el solimán raído,
Quedaron desmayadas sin sentido,
Haciendo cada cual la gata morta.
No fué con esto la prisión más corta,
Pero salieron della finalmente;
Que el tiempo, Con los bienes o los males,
Dejando siempre atrás todo accidente
Que fué final acción de los mortales,
Vuela sin detenerse,
Dejándose llegar para perderse.
Así pasó la gloria de Numancia
Y la brava arrogancia
De la fuerte Sagunto,
Porque la tierra toda es Sólo un punto
De la circunferencia de los cielos ...
Pero ¿qué desatino de las musas
Me lleva a tan estrañas garatusas?
Las iras del amor y de los celos
Pasaron adelante
En uno y otro amante,
Pero Marramaquiz, aconsejado
De sus amigos, remitió el cuidado
Al amor de Mizilda;
Mas como el que tenía a Zapaquilda
Era del alma verdadero efeto,
Aunque disimulaba a lo discreto,
Andaba triste y de congojas lleno.
¡Mísero del que vive en cuerpo ajeno,
Y por un amoroso desvarío
Pierde la libertad del albedrío,
Que no la compra el oro,
Porque es de todos el mayor tesoro!
Tenía las mandíbulas de suerte,
Que era un retrato de la Muerte fiera,
Aunque es yerro pintarle calavera,
Porque aquélla es el muerto, y no la Muerte.
La Muerte ha de pintarse una figura
Robusta, de cruel semblante airado,
Los fuertes pies en una piedra dura,
Si no sepulcro en pórfido labrado,
Con reyes y monarcas,
Hasta el que calza rústicas abarcas;
Damas que sujetaron capitanes,
Y en ásperas naciones,
Por bárbaras regiones
De fieros mamelucos y soldanes;
Y pintadas al uno y otro lado,
La Enfermedad, la Guerra y la Desgracia,
Parcas que tantas muertes han causado,
Por tantos desconciertos;
Que huesos, ya no es Muerte, sino muertos.
No aprovechaba la hermosura y gracia
De Mizilda a quitar al pobre amante
La memoria tenaz; que Amor escribe
Con la flecha cruel en el diamante
Del alma donde vive,
Y, compitiendo con el tiempo, quiere

Que viva en ella cuando el cuerpo muere.
En estos medios, Mizifuf intenta,
A su competidor viendo remoto,
Por medio de Garrullo, su compadre,
Que había sido gato en una venta,
Pedirla por mujer a Ferramoto,
De Zapaquilda padre.
Propúsole Garrullo
Con prudente maúllo
Las partes de su amigo,
Como dellas testigo,
Sin otras consecuencias
Que atajaban celosas diferencias.
Ferramoto era un gato
De buen entendimiento y de buen trato,
Cano de barba y negro de pellejo;
Persona que, en la verde primavera
De sus años, jamás en la ribera
De Manzanares se le fué conejo,
Porque sirvió de galgo
A cierto pobre y miserable hidalgo,
Que con él se alumbraba;
Y de suerte de noche relumbraba,
Que, pensando una moza que eran lumbre
Las niñas de los ojos, que brillantes
En la ceniza estaban relumbrantes,
Yendo al hogar, como era su costumbre,
Sin pensar darle enojos,
Le metió la pajuela por los ojos.
Nunca, sin esto, gato marquesote
Oposición le hizo.
Oyó de buena gana lo propuesto,
Y del novio galán se satisfizo;
Aunque, llegando a concertar el dote,
De seca mimbre un cesto
Dijo que le daría,
Que de cama de campo le servía;
Seis sábanas de lienzo de narices,
Con algunos fragmentos, por tapices,
De viejos reposteros;
Cuatro quesos añejos casi enteros.
Y una mona cautiva que tenía,
Que hablaba en lengua culta, y la entendía,
Sin otras menudencias.
Con estas conveniencias
Las capitulaciones se firmaron
Y el día de la boda concertaron.
Marramaquiz estaba
En ocasión tan triste,
Como por burla y chiste,
Jugando a la pelota
Con un ratón a quien pescó de paso,
Que de un baúl de versos del Parnaso
A una maleta rota,
Aunque llena de pleitos y escrituras,
Pasaba haciendo gestos y figuras:
Tal suele acontecer un triste caso
En medio de la vida;
Que no hay seguridad en cosa humana.

Ya, con veloz corrida,
Daba esperanza vana
Al mísero animal; ya le volvía;
Ya le arrojaba en alto,
Mojado de temor, de aliento falto,
Y en medio del camino le cogía,
Como quien tira al vuelo,
Diciendo: "Tente", como al agua el yelo;
Ya con las manos mizas
Le daba por los lados
Algunos bofetones regalados,
Cuando llegó Tomizas,
Tomizas, su escudero, y sin aliento
Le dijo el casamiento concertado
De Mizifuf y Zapaquilda ingrata;
Y sintiendo perder su dulce gata,
Dejó el pobre animal, que, desmayado,
Apenas acertaba con la vida,
Mas, puesto en fuga, la libró perdida:
Que quien no ha de morir si la fortuna
Revoca la sentencia,
Nunca le falta diversión alguna
En aquella dichosa intercadencia.
A Tomizas, en fin, la diligencia
Valió una manotada con la zurda,
Que, cuando no le aturda,
No es poco para zurda manotada,
Que le dejó la cara desgatada:
Esto gana traer del mal albricias.
¡Oh cuánto, Amor, de la razón desquicias
Un noble caballero!
Por eso ningún paje ni escudero
Se fíe en la privanza;
Que es fácil en señores la mudanza,
Y el Sol es gran señor, y nunca para.
En rueda más mudable, a la Fortuna
Se parece la dama doña Luna,
Que nunca vemos de una misma cara.
Dejando la pelota el triste amante,
De celos y de amor perdido y loco,
Que la vida y la honra tiene en poco,
Vino a su casa con tristeza tanta,
Que se metió debajo de una manta;
Y luego, provocado a mayor furia,
De una carrera se subió al tejado.
Así, desnudo Orlando, provocado
De no menor injuria,
Cuando leyó los rótulos del Moro,
Que decían: "Amor, que sin decoro
En la buena fortuna te gobiernas.
Aquí gozó de Angélica Medoro",
En el papel de las cortezas tiernas
De aquellos olmos de su bien testigos,
Para el francés Orlando cabrahigos.
Bajó Marramaquiz desesperado,
Y entrando en la cocina,
Sin respeto de Paula y de Marina,
Esclavas del ausente licenciado,
Como laureles y álamos las mira,

Librodot

Donde Climene por Faetón suspira.
Los pucheros y cántaros quebraba,
Vertió la olla en la sazón que hervía
Y, llamando a Borbón, *borbor* decía;
Y a tanto mal llegó su desatino,
Que sacó media libra de tocino
Que andaba como nave en las espumas,
Y si no se le quitan, se le mama:
¡Tanto pueden los celos de quien ama!
Una perdiz con plumas
Quiso tragarse, y no dejaba cosa
Que no la deshiciese,
Por alta que estuviese:
Trepaba a la lustrosa
Reluciente espetera,
Derribando sartenes y asadores,
Y con estas demencias y furores,
En una de fregar cayó caldera
(Trasposición se llama esta figura)
De agua acabada de quitar del fuego.
De que salió pelado.
Pero, viniendo luego
El señor licenciado,
Dijo que era veneno que tendría
Algún vecino que matar quería
Ratones de su casa,
Hecha de rejalgar traidora masa,
Y a su servicio ingrato,
Por matar los ratones, mató el gato.
Y dijo bien, según los aforismos
De Nicandro: que son los celos mismos
Un veneno tan súbito, que apenas
Toca la lengua, cuando ya las venas
Y el corazón abrasan:
Tan presto al centro de la vida pasan;
Que no hay frías cicutas ni anapelos
Como solo un escrúpulo de celos.
En fin, de ver el gato lastimado,
Que le había criado,
Envió por triaca,
Que todo venenoso ardor aplaca.
De la magna que hacen en Valencia,
De que tenía una redoma sola
Cierto farmacopola.
El gato, con paciencia,
Respeto de su dueño,
Tomó dos onzas y rindióse al sueño.

SILVA QUINTA

OH TÚ, don Lope!, si por dicha agora
Por los mares antárticos navegas,
O surto en tierra, cuando al puerto llegas,
Preguntas a la Aurora
Qué nuevas trae de la bella España,

Donde tus prendas amorosas dejas
Y por regiones bárbaras te alejas,
O miras en los golfos
De la naval campaña
Por dónde vino Júpiter a Europa,
Encima de la popa,
Sin velas de Mauricios ni Rodolfos
Más traidores que fué Vellido de Olfos,
Sereno el rostro, en la dormida Tétis,
De la airada Anfitrite,
Más que en Sevilla corre humilde el Betis,
Cuando a la mar permite
La luna barquerola,
No por las nubes de color de Angola,
Una punta a la tierra y otra al cielo,
De pocas luces salpicando el velo,
Escucha, en voz más clara que confusa,
Mi gatífera musa,
Y no permitas, Lope, que te espante
Que tal sujeto un licenciado cante
De mi opinión y nombre,
Pudiendo celebrar mi lira un hombre
De los que honraron el valor hispano,
Para que al resonar la trompa asombre:
Arma virumque cano;
Que, como no se usa
El premio, se acobarda toda musa;
Porque si premio hubiera,
Del Tajo la ribera
Oyera en trompa bélica sonora
Divinos versos, hijos del Aurora.
Por esto quiero, más que ver ingratos,
Cantar batallas de amorosos gatos;
Fuera de que escribieron muchos sabios,
De los que dice Persio que los labios
Pusieron en la fuente Cabalina,
En materias humildes grandes versos.
Mira si de Virgilio fueron tersos,
Cuya princesa pluma fué divina,
Cuando escribió *el Moreto*, que en la lengua
De Castilla decimos *almodrote,*
Sin que por él le resultase mengua,
Ni por pintar *el* picador *mosquito*.
Y ¿quién habrá que note,
Aunque fuese satírico Aristarco,
De Ulises el diálogo a Plutarco?
La calva en versos alabó Sinesio,
Gran defecto tartesio:
Quiero decir que hay calvos en España
En grande cantidad, que es cosa estraña,
O porque nacen de celebro ardiente;
Y también escribió del transparente
Camaleón Demócrito,
Y *las cabañas rústicas* Teócrito,
Y tanta filosófica fatiga
Diocles puso en alabar *el nabo,*
Materia apenas para un vil esclavo;
El rábano Marción, Fanias *la ortiga*,
Y *la pulga* don Diego de Mendoza,

Librodot

Que tanta fama justamente goza.
Y si el divino Homero
Cantó con plectro a nadie lisonjero
La Batracomiomaquia,
¿Por qué no cantaré *la Gatomaquia?*
Fuera de que Virgilio conocía
Que a cada cual su genio le movía.

Ya todo prevenido
Para el tálamo estaba,
Y el día estatuído
La posesión llamaba
A la esperanza de los dos amantes;
Mas muchas veces con peligro toca
El vidrio lleno de licor la boca.
Alegres los vecinos circunstantes,
Convidados los deudos y parientes
Y escrito a los ausentes
(Que en tales ocasiones más atentos
Están que a la verdad los cumplimientos),
Sólo Marramaquiz, gato furioso,
Lamentaba celoso
Sus penas y cuidados
Por altos caballetes de tejados,
En que su voz resuena,
Cual suele por las selvas filomena,
Que ha perdido su dulce compañía,
Con triste melodía
Esparcir los acentos de su pena,
Trinando la dulcísima garganta,
Que a un tiempo llora y canta,
O como perro braco
Que ha perdido su dueño,
O flamenco o polaco,
Que ni se rinde al sueño,
Ni el natural sustento solicita,
Aunque en cantar no imita
El ruiseñor suave;
Que una cosa es el perro y otra el ave,
Y a cada cual su propio oficio cuadra,
Porque si canta el ave, el perro ladra.
Tenía ya Ferrato
En un zaquizamí curiosamente
La sala aderezada
De uno y otro retrato
De belicosa cuanto ilustre gente;
Que las efigies son de los mayores
El más heroico ejemplo,
De la perpetuidad glorioso templo,
Como se ven del Taborlán y Eneas,
Y en Calbo, el de las fuerzas giganteas,
En Juan de Espera en Dios y el Transilvano
En Pirro griego y Scévola romano.
Allí estaba Gafurio,
Que ganó la batalla de las Monas,
De grave gesto y de nación ligurio,
Y otros gatos con cívicas coronas
Navales y murales,
Y al laurel de los césares iguales.

Librodot

No faltaban el Túmire y el Mocho,
Ni, con el descolado Hociquimocho,
Que asistía en las casas del cabildo,
El armado Mufildo,
Más de valor que acero,
Ni Garavillos, gato perulero.
Estaba el rico estrado
De dos pedazos de una vieja estera
Hecha la barandilla,
De ricas almohadas adornado
En tarimas de corcho, y por de fuera,
El grave adorno de una y otra silla,
Con tanta maravilla,
Que si un culto le viera,
Es cierto que dijera
Por únicos retóricos pleonasmos:
"Pestañeando asombros, guiñó pasmos".
Ya las sombras, cayendo
De los mayores montes
A los humildes valles,
Enlutaba los claros horizontes,
Y el mecánico estruendo
En las vulgares calles
Cesaba a los oficios;
Tráfagos y bullicios
Encerraba el silencio en mudos pasos,
Y a diferentes casos
La ronda y los amantes prevenían
Las armas que tenían,
Cuando, a la luz huyendo la tiniebla,
De alegres deudos el salón se puebla.
Vino Calvillo, de fustán vestido,
De patas de conejos guarnecido,
Griguiesco y saltambarca,
Más amante de Laura que el Petrarca,
Por una gata deste nombre propio,
Aunque parezca en gatos nombre impropio;
Pero si llaman a una perra Linda,
Diana, Rosa, Fátima y Celinda,
Bien se pudo llamar Laura una gata
Picebruñida como tersa plata.
Maús de bocací trujo griguiesco,
Cuera de cordobán, gorrón tudesco,
Y de negro, con mucha bizarría,
Zurrón, gato mirlado,
De medias y de estómago colchado;
Ranillos, que bajó de Andalucía,
De conejo en conejo,
Por la Sierra Morena,
A ver del Tajo la ribera amena,
Con el cano Alcubil, su padre viejo;
Gruñillos y Cacharro,
La nata y flor del escuadrón bizarro;
Marrullos y Malvillo,
Uno de raso azul y otro amarillo;
Garrón, Cerote y Burro,
Gatos de un zapatero...
Mas ¿para qué discurro
Con verso torpe y proceder grosero,

Librodot

Cuando lo menos de lo más refiero,
Si me aguardan las damas, que aquel día
Mostraron cuidadosa bizarría?
Vino Miturria bella,
Motrilla y Palomilla,
La flor de la canela y de la villa,
Y cada cual en la opinión doncella,
Cosa dificultosa:
Por eso es bien que la mujer hermosa,
Cuando honesta se llama,
Tenga por obras el perder la fama.
Y, entre todas, fué rara la hermosura
De la bella y discreta Gatifura,
Y, vestida de nácar, Zarandilla,
La gata más golosa de Castilla.
Ocupadas las sillas y el estrado,
Salió Trebejos, gato remendado,
Y sacando a la bella Gatiparda,
Comenzaron los dos una gallarda,
Como en París pudiera Melisendra;
Y luego, con dos cáscaras de almendra
Atadas en los dedos, resonando
El eco dulce y blando,
Bailaron la chacona
Trapillos y Maimona,
Cogiendo el delantal con las dos manos,
Si bien murmuración de gatos canos.
Mas ya, Musas, es justo
Que me deis vuestro aliento y vuestro gusto,
Canoro, sí, más claro,
Que parezca de un nuevo Sanazaro;
Denme vuestros cristales en los labios,
Que de ignorantes me los vuelvan sabios;
Que Zapaquilda de la mano sale
De doña Golosilla, su madrina,
Saya entera de tela columbina,
De perlas arracadas
En listones de nácar enlazadas;
La cabeza, de rosas primavera,
Más estrellada que se ve la esfera;
El blanco pelo, rubio a pura gualda,
Y un alma en cada niña de esmeralda,
De cuyos garabatos
Colgar pudieran las de muchos gatos;
Chapines de tabí con sus virillas,
Entre una y otra, descubriendo espacios
De la roja color de los topacios,
De nuestra edad y siglo maravillas;
Que lo que ser solía
Un medio celemín con ataujía,
Un pirámide es hoy de tela de oro
Y cuestan sus adornos un tesoro,
Que ponen miedo de casarse a un hombre,
Subiendo el dote a un número sin nombre,
Si piensa sustentar traje tan rico.
Sentóse, al fin, mirlándose de hocico,
y prosiguió la fiesta de la danza
Contra la posesión de la esperanza.
Mas ¿quién dijera que saliera incierta?

Librodot

Marramaquiz, entrando por la puerta,
Vencido de un frenético erotismo,
Enfermedad de amor, o el amor mismo.
Suspenso y como atónito el senado
De ver de acero y de furor armado
Un gato en una boda,
Donde es propia la gala, y no el acero,
Alborotóse todo;
Y Zapaquilda, viéndole tan fiero,
Humedeció el estrado, y con mesura
Comunicó su miedo a Gatafura,
Si bien consideraba
Que entonces Mizifuf ausente estaba;
Porque sólo esperaban que viniese,
Y que la mano prática le diese,
De que ya la teórica sabía,
Que confirmase tan alegre día.
En esta suspensión, todos turbados,
Marramaquiz abrió los encendidos
Ojos, vertiendo de furor centellas;
Los dejó temerosos y admirados,
Imprimiendo esta voz en sus oídos,
Al aliento feroz de sus querellas:
—Villanos descorteses,
Más falsos y traidores
Que moros y holandeses,
Porque, siendo fautores,
No sois en las maldades inferiores;
Escuadrón de gallinas,
Junta de gatos viles,
Que no de bien nacidos;
Bajos habitadores de cocinas,
Entre asadores, ollas y candiles,
Donde, como a cobardes y abatidos,
La más humilde esclava os apalea,
No trocando jamás la chimenea
Por la guerra marcial y sus rebatos,
Lamiendo lo que sobra de los platos
Y durmiendo el invierno, cuando eriza
Los cabellos el hielo,
Revueltos en la cálida ceniza,
Hasta que ardiente el Sol corona el cielo:
Yo soy Marramaquiz; yo soy, villanos,
El asombro del orbe,
Que come vidas y amenazas sorbe;
Aquel de cuyos garfios inhumanos,
León en el valor, tigre en las manos,
Hoy tiemblan justamente
Las repúblicas todas
Que desde el Norte al Sur, por varios mares,
Miran de Febo la dorada frente,
Y el que ha de hacer que tan infames bodas,
Y con tantos azares,
Sean las de Hipodamia,
Esta en vosotros resultando infamia—
¡Oh Musas! Este gato había leído
A Ovidio, y por ventura
De la fábula de Hércules quería
El ejemplo tomar, pues, atrevido,

Librodot

Hércules se figura,
Y los gatos, centauros, que aquel día
Murieron a sus manos:
Porque no fueron pensamientos vanos
Los de sus celos locos,
Pues de sus manos se escaparon pocos,
Llamándolos traidores Mauregatos;
Que, levantando una cuchar de hierro,
A eterno condenándolos destierro,
Fué Taborlán de gatos,
Haciendo más estrago su arrogancia
Que en Cartago y Numancia
El Romano famoso:
A un gato que llamaban el Raposo,
Más que por el color, por el oficio,
La cara, que no tuvo reparada,
Quitó de una valiente cuchillada,
Imposible quedando al beneficio;
Y de un revés que sacudió a Garrullo,
Dió el último maúllo;
Cortó una pierna al mísero Trebejos,
Gran cazador de gansos y conejos;
Desbarató el estrado,
Que pensaron guardar gatos bisoños
Con cucharas de palo por espadas,
Que de galas quedó todo sembrado,
Naguas, jaulillas, guantes, ligas, moños,
Rosetas, gargantillas y arracadas,
Chapines, orejeras y zarcillos;
Y porque defendió llegar Malvillos
A robar a la novia, dió dos cabes,
Como Hércules a Licas,
Y quebrando con él a dos boticas,
Desde una claraboya,
Cuanto componen purgas y jarabes.
Ni a vista de sus naves
Fué más furioso Aquiles, cuando en Troya
Le dijeron la muerte de Patroclo,
Ni con mazo y escoplo
Tantas astillas quita el carpintero
Como vidas quitó, celoso y fiero,
Ni más sangriento Nero
La mísera plebeya
Gente miró quemar desde Tarpeya.
En fin, llegando donde ya tenía
Zapaquilda la vida por segura,
Le dijo: —Tente, ¿dónde vas, perjura? —
Ella, temblando, respondió turbada:
—Huyendo el filo de tu injusta espada,
Que se quiere vengar de mi inocencia
Con tan fiera insolencia,
Quitándome mi esposo;
Pero yo me sabré quitar la vida,
Polifemo de gatos.
—¡Ojos hermosos siempre y siempre ingratos!
(Le respondió furioso):
¿Desa manera habláis en mi presencia?
¡Oh gata la más loca y atrevida!
Yo solo soy tu esposo, fementida;

Librodot

Y al villano que piensa que a sacarte,
Con este casamiento, será parte
Destas enamoradas uñas mías,
Que vencen las arpías,
Verás, si no me huye
Y el bien que me quitó me restituye,
Cómo le mato, y, desollando el cuero,
Le vendo para gato de dinero.
—Si tú (le respondió) mi dulce esposo
Me matares tirano,
Yo, con mi propia mano,
Me quitaré la vida. —
Furioso entonces, sobre estar celoso,
De donde estaba ¡ay mísera! escondida
Trasladóla a sus brazos inhumano,
Cual suele yedra, a los del olmo asida,
Trepar lasciva a la pomposa copa,
Vistiendo el tronco de su verde ropa,
De tiernos lazos y corimbos llena.
Así Paris robó la bella Elena,
Las naves aguardando en la marina,
Y así fiero Plutón a Proserpina.
Ella entonces llamaba
A Mizifuf a voces,
Que no la oía, porque ausente estaba;
Al fin, tirando coces,
Se le cayó un zapato;
Mas ni por eso se dolió el ingrato,
Viendo correr las lágrimas por ella;
Y él, corriendo con ella,
Que ni deudo ni amigo la socorre,
La puso de su casa en una torre,
Como tuvo Galván a Moriana.
Tal es del mundo la esperanza vana:
Porque quien más en los principios fía,
No sabe dónde ha de acabar el día.

SILVA SEXTA

CUANDO EL soberbio bárbaro gallardo
Llamado Rodamonte
Porque rodó de un monte
Supo que le llevaba Mandricardo
La bella Doralice,
Como Ariosto dice,
A dieciséis de agosto
(Que fué muy puntüal el Ariosto),
Cuenta que dijo cosas tan estrañas,
Que movieran de un bronce las entrañas,
Prometiendo arrogante
No ver toros jamás, ni jugar cañas,
Aunque se lo mandasen Agramante,
Rugero y Sacrípante,
Ni comer a manteles,
Ni correr sin pretal de cascabeles,

Ni pagar ni escuchar a quien debiese,
Por que más el enojo encareciese,
Ni dar a censo, ni tomar mohatra,
Ni pintar con el áspid a Cleopatra.
Y lo mismo decía cuando el rapto
De Elena fementida
El griego rey Atrida
Contra el pastor, para traiciones apto,
Que dió en el monte Ida
En favor de Acidalia la sentencia;
Que hay muchas de la Vera de Plasencia.
Que vienen más tempranas
Si las hacen los ojos
De juveniles bárbaros antojos 8;
Que aun no repara en canas
Esto que todos llaman apetito,
Y más donde no tienen por delito
Que la santa verdad corrompa el premio.
Mas todo ese proemio
Quiere decir, en suma,
Aunque era campo de estender la pluma,
Lo que el valiente Mizifuf, oyendo
El suceso estupendo
Del robo de su esposa,
Elena de las gatas,
Dijo con voz furiosa,
Cuando galán venía a desposarse,
Tan imposible ya de remediarse.
De las tremantes ratas
Fugitivo escuadrón, con pies ligeros,
Temeroso ocupó los agujeros,
Y arrojando la gorra,
Que fué de un ministril de Calahorra,
Hizo temblar la tierra,
A fuego y sangre prometiendo guerra.
Ferrato, ya perdida la esperanza,
Mesándose las barbas y cabellos
Blancos, que nunca blancos fueron bellos,
Culpaba su tardanza,
Porque las dilaciones
Pierden las ocasiones;
Porque en la calva tienen un copete,
Que sólo se le coge el que acomete;
Porque aguardar a que la espalda vuelva,
Es seguir un venado por la selva;
Que alcanzarle no fuera maravilla
Quien le fuera siguiendo por la villa.
Mizifuf la tardanza disculpaba
Con que lejos vivía
El zapatero que esperando estaba
(¡Oh, cuántos males causa un zapatero!),
Y que, después, calzarle no podía,
Aunque los dientes remitiese al cuero,
Las botas justas, que, con calza larga,
Era la gala entonces; que, por fresco,
Dicen autores que mató el griguiesco,
Por quitar la opresión de tanta carga.
¡Oh, quién, para olvidar melancolías
De las que no se acaban con los días,

Librodot

Un gato entonces viera
Con bota y calza entera!
Pero ¿dónde me llevan niñerías,
Que en Italia se llaman *bagatelas*,
Injiriendo novelas
En tan funestos casos,
Más dignos de Marinos y de Tasos
Que de Helicona son solos y soles,
Que de mis versos rudos españoles?
Lloraba Mizifuf, lloraba fuego,
Que fuego lloran siempre ¡os amantes,
Arrojando los guantes,
A quien los cultos llaman *quirotecas*
(¡Oh, bien hayan Illescas y Vallecas!),
Sin admitir un punto de sosiego,
Como en París el Moro, en Troya el Griego.
No suele de otra suerte pasearse
Quien tiene algún estraño desconcierto,
Sin que pueda apartarse
Del negocio que trata,
Pálido el rostro, de sudor cubierto,
Como ya por su honor, ya por su gata,
Inquieto Mizifuf se condolía
Por dilatar de la venganza el día.
En tanto, pues, que amigos y parientes
Consultaban el modo
Como acabar del todo
Agravios tan infames y insolentes,
Marramaquiz estaba
Solicitando el pecho
De Zapaquilda, de diamantes hecho,
Que en la dura prisión perlas lloraba,
A guisa de la Aurora,
Que parece más bella cuando llora;
Que la mujer hermosa,
Cuando baña la rosa
De las mejillas con el tierno llanto,
Aumenta la hermosura,
Si no da voces y en el llanto dura.
Marramaquiz, en tanto,
Produciendo concetos,
De su locura efetos,
Ya en prosa, ya en poesía,
Desvelado la noche y triste el día,
Se alambicaba el mísero celebro;
No dejaba requiebro,
Que no imitase tierno a los orates
Que el mundo amantes llama,
Y de la tierna dama
Amores y cariños,
Hasta los disparates
Que les dicen las amas a los niños
Cuando los dan el pecho las mañanas,
Con intrínseco amor diciendo ufanas:
"Mi rey, mi amor, mi duque, mi regalo,
Mi Gonzalo"...; mas esto, solamente
Si se llama Gonzalo:
Porque fuera requiebro impertinente
Si se llamara Pedro, Juan o Hernando;

Que convienen las flores con los frutos,
Y a las cosas también sus atributos.
Estaba el Sol apenas matizando
Las plumas de las alas de los vientos,
Dando a los dos primeros elementos
Esmeraldas al uno, al otro plata,
Cuando salía por su amada gata
Al soto de Luzón el triste amante,
Sin respetar el arcabuz tronante,
A buscar el gazapo entre las venas
De la tierra, que apenas
Salir al campo osaba,
Y de una manotada le pescaba.
No había pez ni pieza
De vaca en la cocina
Que, en volviendo Marina
A buscar otra cosa la cabeza,
No caminase ya por los tejados
Para el dueño cruel de sus cuidados;
Tan ligero y veloz, tan atrevido,
Que no paraba, sin hacer ruido,
Hasta sacar la carne de la olla,
Del asador la polla,
Aunque sacase, por estar ardiendo,
O pelada la mano o con ampolla,
Fufú, fufú, diciendo.
¡Oh amor! ¡Oh, cuántas veces
De la misma sartén sacó los peces,
Sin cuchares de hierro ni de plata!
Y la cruel, a más amor, más gata.
—¿Es posible (decía
Con lastimosas quejas),
¡Oh más dura que mármol a mis quejas!
(Porque el. gato las *églogas* sabía)
Y al amoroso fuego que me enciende
Mas helada que nieve, Gatalea,
Que de mi fuego el yelo te defiende
Dese pecho cruel, que me desea
La muerte (que antes sea
La de tu Adonis, Mizifuf cobarde,
Que gozarás, cruel, o nunca o tarde),
Que no te duelen tantas penas mías,
Ni el verte tantos días
Cautiva en esta torre,
Que ni te viene a ver ni te socorre,
Qué para aborrecerle te bastaba?
Mizilda me buscaba,
Mizilda me quería;
Por ti la aborrecía,
Siendo gata de bien, siendo estimada
Por honesta doncella, y retirada
De amigas, de papeles y paseos,
Que clandestinos trazan himeneos.
¿Qué no dejé por ti, que te has casado
Con un gato afrentado, que si fuera
Afrenta entre los hombres el ser gato,
Que la costumbre toda ley altera,
Sólo éste fuera gato, por ingrato?
—No te canses (la gata respondía,

Librodot

Con ojos zurdos de Nerón romano),
Marramaquiz tirano;
Que, siendo como es justa mi porfía,
Ni he de temer tus daños,
Ni me podrás vencer con tus engaños.
—¿Qué obstinación, qué furia
Te obliga, Zapaquilda, a tanta injuria?
Mira que la nobleza
De tu celoso amante,
Siendo tan arrogante,
A su misma cruel naturaleza
Se rebela teniéndote respeto,
Añadiendo al ser noble el ser discreto. —
Este apóstrofe ha sido
Justamente advertido
A la gata cruel desamorada,
Por lo que a los retóricos agrada,
Que adornan la oración con voces puras
Y sacan un retablo de figuras;
Que, cuanto a mí, jamás me atravesara
Con gente de uñas y de mala cara.
Ya Mizifuf en casa de Ferrato
Juntaba deudos, provocaba amigos,
De su dolor testigos,
Acusando el cruel bárbaro trato
Del común enemigo (que este nombre
Como al Turco le daba),
Y por que más de su maldad se asombre,
El robo de su esposa exageraba;
Que cada cual en su dolor y pena
Hasta una gata puede hacer Elena.
Estando, pues, sentados en secreto
En el zaquizamí de su posada,
Dijo a la noble junta lastimada,
Con triste voz, de su desdicha efeto:
—Aquel justo conceto
Que de vuestro valor tengo formado
Me escusa de retóricos ambages,
Amigos y parientes,
Si estuvistes presentes
A .la dura ocasión de mi cuidado,
De que tan tarde me avisaron pajes;
Que siempre llegan tarde los avisos
A los que son para su bien remisos.
¿Con qué. podré moveros?
¿Con qué podré obligaros,
O qué podré deciros,
Que pueda enterneceros,
Que pueda provocaros,
Si no son los suspiros,
Medias voces del alma,
Cuando con el dolor la lengua calma?
Éste que aquí no explico
Está diciendo el pálido semblante
Lo que con muda lengua significo,
Pues cuando más la encumbre y adelante,
Más corto he de quedar; que los enojos
Remiten la retórica a los ojos;
Que la muda tristeza muchas veces

Librodot

El Demóstenes fué de la elocuencia,
Y más donde son sabios los jüeces,
Que escusan de captar benevolencia;
Pues no pudiera en Grecia, en su Liceo,
Ver más dotrina que en vosotros veo:
Todos Platones sois, todos Catones;
Más podrá la razón que las razones.
Yo vine, provocado de la Fama,
A ver de Zapaquilda la hermosura,
Por alta mar, del hado conducido,
Donde mis ojos encendió su llama,
Fuego de fénix, que a los siglos dura,
Opuestos a la muerte y al olvido.
Si fuí favorecido,
Si agradeció mi amor y pensamiento,
Bien lo dice el tratado casamiento,
Pues que nos veis, con la ocasión perdida.
Ella sin libertad y yo sin vida.
Cortés la quise, sin violencia alguna;
Que nunca fué violenta la fortuna.
Cuando pagó mi amor, yo no sabía,
Como quien era gato forastero,
Que este tirano a Zapaquilda amaba;
Con esto, la primera luz del día,
Y con ella su cándido lucero,
En mis ojos brillaba
Primero que en las flores,
A su ventana repitiendo amores.
Allí también, en su primera estrella,
La noche me buscaba divertido,
Adorando las tejas,
De sus balcones rejas
Y dulce elevación de mi sentido,
Hasta que hablar con ella,
Envidioso, traidor y fementido,
Me vió en su celosía,
Donde probó mi amor su valentía.
Resultó la prisión; y es tan villano,
Que ha engañado a Mizilda,
Y dándola su fe, palabra y mano
De que será su esposo,
Siendo cumplirla el acto más honroso,
Cuando me vió casar con Zapaquilda,
En afrenta de todos sus parientes
Y amigos, que presentes
Estuvieron atónitos al caso,
Echando los más graves por la tierra,
Como estaban de boda, y no de guerra,
Padeciendo mi Sol tan triste ocaso,
Se la llevó con atrevido paso,
Celoso el corazón, la vista airada,
Hiriendo a quien delante se le, puso;
Tanto, que con Garraf, de una gatada,
Los botes y redomas descompuso
De un boticario que vivía enfrente;
y como de repente
En un perol cayese desde un banco,
Todo le revistió de ungüente blanco,
Vertió una melecina,

Librodot

Y paró medio muerto en la cocina.
En ocasión tan dura,
En ocasión tan triste,
Que es mármol quien las lágrimas resiste ,..
Mas quiero epitomar mi desventura:
¡Mi esposa me han robado!
¡Sin honra estoy!—
Aquí, si no fué mengua,
Fué el silencio la voz, los ojos lengua,
Porque la grave pena,
Cortando la razón, dejóle mudo.
Enternecióse el ínclito senado,
Haciendo propia la desdicha ajena,
Luego que vió que proseguir no pudo,
Y respondió Panzudo,
Un gato venerable de persona,
Aunque pelado de cabeza estaba,
Cosa que a muchos buenos acontece
(Si bien esto no fué lo que parece
Cuando a un amante viene la pelona;
Mas golpe que le dió cierta fregona,
Que de un menudo que lavar pensaba,
Cuando menos atenta te miraba,
Asido del principio de una tripa
(Que a la vista las manos anticipa),
Le fué desenvolviendo hasta el tejado,
Como cordel de un cabo y otro atado,
Del ovillo de sebo el laberinto,
Y cada cual de todos participa
Deste dolor, como si propio fuera),
Dijo con el semblante mesurado,
En prudentes palabras desatado:
—Con justa causa Mizifuf espera
Verse favorecido,
Y vengado también del atrevido
Que le robó su esposa,
Fatal desdicha de mujer hermosa.—
Y respondió Tomillo,
Propia razón de gato mozalvillo:
—Por mí ya lo estuviera;
Porque con estas uñas se le diera.—
Pero Zurrón, que le miraba enfrente,
Le dijo: —Con un gato el más valiente
Que han visto los tejados desta villa,
Mejor es, a la usanza de Castilla,
Escribirle un papel de desafío.
—No es ése el voto mío
(Garrullo replicó), ni que se intente
Venganza de vitoria contingente;
Que siempre ha estado en varias opiniones
Si ha de haber desafío en las traiciones,
Soy de voto que tome el agraviado
Un arcabuz, y aguarde
Al gato más valiente, o más cobarde,
Castigo de que vive descuidado,
Sin miedo del que agravia,
Y propio efeto de la noche escura.
—Si se pudiera ejecutar segura,
Fuera venganza sabia

Librodot

(Dijo Chapuz valiente,
Gato de buenas partes);
Mas son tantas las artes
Dese Marramaquiz, gato insolente,
Que no dará ocasión que se ejecute,
Por mucho que la noche el rostro enlute;
Y, de mi parecer, mejor sería
Querellarse del robo y castigalle
Por términos jurídicos, y dalle
Muerte que corresponda a la osadía.
—Dirán que es cobardía
(Trebejos replicó). Ni esa querella
Está bien al honor de una doncella;
Que es poner su defensa en opiniones:
Que se averigua mal con las razones
Aquello que la causa pone en duda;
Que no hay para mujeres lengua muda 48;
Que ha dado el mundo en bárbaras querellas,
No pudiendo escusar el nacer dellas.
Pleitos aun no son buenos para gatos,
Porque es gastar la vida y la paciencia:
No hay que tratar de tratos ni contratos,
Ni andar en pruebas, ni esperar sentencia.
Si aquesta injuria ha de quedar vengada,
Remítase a la pólvora o la espada.
—Bien dice (respondió Raposo, haciendo
Debido acatamiento al gran senado)
Trebejos, y no es justo,
Aunque se pruebe lo que estáis diciendo
Y quede a vuestro gusto sentenciado,
Que deis al pueblo gusto,
Al teatro sacando neciamente
Un gato con capuz y caperuza,
Y no menor locura que se intente,
No siendo Mizifuf el moro Muza,
Tratar de desafíos
Con quien sabéis que tiene tantos bríos.
Perdóneme Zurrón, Chapuz perdone,
Y, aunque la edad le abone,
Me perdone Panzudo,
Si de su parecer mi intento mudo;
Que el mío es juntar gente
Para tan grave empresa conveniente,
Y, formando escuadrones
De caballos y armada infantería
De toda la parienta gatería,
Hacer guerra al traidor, cercar la tierra,
Y asestándole tiros y cañones,
Batirle la muralla noche y día,
Hasta saber qué gente le socorre;
Porque si el campo Mizifuf le corre,
Y el sustento le quita,
Y a que deje la plaza necesita,
O en forma de batalla
Asalta la muralla,
Él se dará a partido,
O le castigaréis siendo vencido.
Sacad banderas, pues; tóquense cajas,
Haciendo las baquetas

Librodot

Los pergaminos rajas;
Terciad las picas, disparad cometas;
Que así cobró su esposa en Troya el Griego:
Publicando la guerra a sangre y fuego.—
Calló Raposo, y luego del senado
El voto conferido,
En la guerra quedó determinado,
Por ser de todos el mejor partido,
Más justo y más honroso;
Y dando Mizifuf, como era justo,
Los brazos y las gracias a Raposo,
Brotando humor adusto,
A hacer la leva de la gente parte.
Perdona, Amor; que aquí comienza Marte,
Y sale Tesifonte
A salpicar de fuego el horizonte:
Suspende entre las armas los concetos:
Pues das la causa, escucha los efetos.

SILVA SÉPTIMA

AL ARMA toca el campo mizigriego
Contra Marramaquiz, gato troyano;
Violento sube, aunque oprimido en vano,
A la región elementar el fuego;
Inquietan de los aires el sosiego,
Con firme agarro de la uñosa mano,
Banderas que, con una y otra lista,
Trémulas se defienden a la vista,
No permitiendo, pues no dejan verse,
Que las colores puedan conocerse;
Respondiéndose a coros
Las cajas y los pífaros sonoros,
Y al paso que se alternan,
Siguiendo el son marcial los que gobiernan,
Y luego, los soldados,
De acero y de ante y de valor armados,
Agujas del cabello por espadas,
Y sólo descubriendo las celadas
Por delante, mostachos;
Y por detrás, plumíferos penachos;
Marchando con tal orden, que la planta,
Donde el que va delante la levanta,
Estampa el que te sigue,
Sin que el bastón del capitán le obligue,
Y al son de las trompetas resonantes,
Las picas a los hombros los infantes,
En quien la variedad y los colores
Formaban un jardín de varias flores,
A la manera que el abril le pinta
En cultivada quinta.
Las picas de los bravos marquesotes,
De varas de medir y de virotes,
Y ya de los plebeyos,
Baquetas de Babiecas y Apuleyos,

Sin escuadras gallardas
Que llevaban, en forma de alabardas,
Aquellos cucharones
Con que suelen sacar alcaparrones,
Y con las palas, como medias lunas,
Las sabrosas de Córdoba aceitunas
(Córdoba, donde nacen andaluces
Góngoras y Lucanos);
Y, encendidas las cuerdas en las manos,
No de Milán dorados arcabuces
Llevaba la lucida infantería,
Mas de huesos de piernas de carnero,
Que gatos de uno y otro pastelero
Trujeron a porfía
(Que no fueron de gato de ventero,
Sospechosos en tales ocasiones),
Y de huesos de vaca los cañones
Para batir la torre.
Con esto, Mizifuf el campo corre
Y pone cerco al muro,
Armado de un arnés cóncavo y duro
De un galápago fuerte,
Que sin salir de sí le halló la muerte;
La cabeza, adornada
De un sombrero, la falda levantada,
De un trencellín ceñido,
El pasador y hebilla guarnecido,
Con pluma verde escura,
Señales de esperanza con tristeza,
Aunque la justa causa la asegura.
Con tanta gentileza
Al caballo arrimaba
La estrella de la espuela,
Y con la negra rienda le animaba
A la obediencia del dorado freno,
De espuma y sangre lleno,
Que, sin tocar los céspedes, volaba.
Ni es nuevo el ver que vuela,
Pues que pintan con alas al Pegaso,
Volando por las cumbres del Parnaso;
Que vemos en *Orlando* el Hipogrifo,
Monstro compuesto de caballo y grifo.
Mas si dudare alguno de que hubiese
Caballos tan pequeños,
Pareciéndole sueños,
Ya la naturaleza le quisiese
Quitar de milagrosa el atributo,
Aunque sea sin fruto,
La tácita objeción quedará llana
Con irse de aquí a Tracia una mañana
Que esté desocupado
De los negocios de mayor cuidado,
Y verá los pigmeos,
Que en la región de trogloditas feos
También los pone Plinio,
Que hizo destos monstros escrutinio,
Y en las lagunas del egipcio Nilo
Otros autores por el mismo estilo,
Que escriben que, trayendo de Etiopia,

Librodot

Donde hay bastante copia,
Dos pigmeos a Roma, gente grave,
Se murieron de cólera en la nave.
Homero les da patria al Mediodía,
Con su intérprete Estacio;
Mela, de Arabia en el ardiente espacio;
Que el Sol, fénix, mayores monstros cría,
Puesto que, aunque confiesa tales nombres
Aristóteles, niega que son hombres;
Ni en su *Ciudad de Dios* pasó en olvido
El divino Africano ¡os pigmeos,
Y Juvenal *umbrípedes* los llama,
Sin otros que han negado y defendido
Esta opinión, que divulgó la fama.
Pero, pues pintan monstros semideos
Que por los montes van de rama en rama
Las poéticas trullas,
Diciendo que batallan con las grullas,
No será mucho que haya semihombres.
Éstos, con cierta patria y ciertos nombres,
En la misma región caballos tienen,
De donde nuestros gatos se previenen;
Que hacer de solo un codo
Hombres naturaleza,
Como pintor que muestra la destreza,
A un naipe todo un cuerpo reducido,
Y los caballos no del propio modo,
Mayor monstrosidad hubiera sido
De su instrumento ilustre y poderoso:
Que mal pudiera andar hombre muñeca
En el lomo espacioso
De un gigante Babieca;
Así, que la objeción es de provecho,
Pues queda el argumento satisfecho.
Demás de que el lector puede, si quiere,
Creer lo que mejor le pareciere;
Porque si se perdiese la mentira,
Se hallaría en poéticos papeles,
Como se ve en Homero, describiendo
A la casta Penélope, que admira,
Por los amantes necios y crueles,
Tejiendo y destejiendo,
Sin dejarla dormir, de puro casta.
Y lo contrario para ejemplo basta:
Haciendo deshonesta
Virgilio a Dido Elisa por Eneas,
Como le riñe Ausonio,
Aunque logró tan falso testimonio,
Menos las aguas que pasó leteas,
Donde escribió Merlin con cuáles iras
Castigan al poeta sus mentiras.
Mas vuelve ioh Musa! tú, para que pueda
Ayudarme el favor de tu gimnasio;
Que para lo que queda,
Aunque parece poco,
Al señor Anastasio
Pantaleón de la Parrilla invoco,
Por que de su tabaco
Me dé siquiera cuanto cubra un taco.

Librodot

Marramaquiz, aunque lo supo tarde,
Había hecho alarde
De sus gatos amigos,
Y halló que para tantos enemigos
Era su gente poca:
Mas como la defensa le provoca,
Las armas al asalto prevenía,
Supuesto que tenía
Poco sustento para cerco largo;
Y cuidadoso de su nuevo cargo,
Más triste y desabrido
Que poeta afligido
Que ha parecido mal comedia suya,
O bien la de su cómico enemigo,
Andaba por la torre;
Y, viendo que su esposo la socorre,
Zapaquilda, más llena de aleluya,
Más alegre, contenta y más quieta
Que aquel mismo poeta,
Si ha parecido mal, siendo él testigo,
La del mayor amigo.
Prevenido, en efeto,
De toda defensión y parapeto,
Sacó sus gatos animoso al muro
Por todas las almenas y troneras,
Vestido de banderas,
Que, en alto y de diversos tornasoles,
Eran entre las nubes arreboles;
Y, coronado de diversos tiros,
Soldados de valor y archimargiros
Opuestos a la furia del contrario.
Como se mira altivo campanario
De aldea donde hay viñas,
Para bajar después a las campiñas,
Cubierto, por el tiempo de las uvas,
Del escuadrón de tordos,
Que en aquella sazón están más gordos,
Cuando los labradores
Limpian lagares y aperciben cubas,
Así la negra cúpula tenía
De soldados, de tiros y atambores,
No menos valerosa gatería.
Quien viera el pie, que el escuadrón ceñía
De Mizifuf, y el chapitel armado
De uno y otro gatífero soldado,
Dijera que tal vista no fué vista
De Dario ni de Jerjes,
Ni tanto perdigón haciendo *asperges*,
En ninguna conquista,
Ni la vió Cipión, ni el rey Ordoño,
Como en Cartago aquél, éste en Logroño,
Y aunque entre la de Ostende,
Pero sin *nobis Domine*, se entiende.
Ver tanto gato, negro, blanco y pardo,
En concurso gallardo
De dos colores y de mil remiendos,
Dando juntos maúllos estupendos,
¿A quién no diera gusto,
Por triste que estuviera,

Librodot

Aunque perdido injustamente hubiera
Un pleito, que es disgusto,
Después de muchos pasos y dineros,
Para leones fieros?
Prevenidos, en fin, para el asalto,
Mueven a sobresalto
Los ánimos valientes
Las retumbantes cajas,
Previenen uñas y acicalan dientes,
Calando juntas las celadas bajas,
Que en las frentes bisoñas
Más eran de sartén que de Borgoñas;
Pero, en silencio los clarines roncos,
Que sonaban a modo de zampoñas,
Puesto a la margen de unos verdes troncos,
Que no importa saber de lo que fueron,
De pies en uno Mizifuf bizarro,
Cuando del Sol el carro,
Que Etontes y Flegón amanecieron,
Atrás iba dejando el medio día,
Dijo a su belicosa infantería,
Que atenta le escuchaba;
Que aunque era gato, cicerón hablaba:
—Generosos amigos,
De mis afrentas y dolor testigos,
La honra, que los ánimos produce,
A tan ilustre empresa me conduce:
Ésta sola me anima:
Quien no sabe qué es honra, no la estima.
Miente el que dijo, y miente el que lo estampa.
Que *un bel fuggir tutta'la vita scampa,*
Pues mejor viene agora
Que *un bel morir tutta la vita onora.*
Es la virtud del hombre
La que le inclina a los ilustres hechos;
Digna es la fama de valientes pechos:
Hoy habéis de ganar glorioso nombre;
Ninguna fuerza ni amenaza asombre
El que tenéis de gatos bien nacidos;
Que estos viles alardes,
Porque en siendo traidores son cobardes,
Ya están medio vencidos
Con sólo haber llegado a sus oídos
Que yo soy quien os guía.
A Anibal preguntó Cipión un día
Que cuál era del mundo el más valiente,
Y él respondió feroz, con torva frente:
"Alejandro, el primero;
El segundo fué Pirro, y yo el tercero":
Si entonces yo viviera,
Cuarto lugar me diera.
Al arma acometed; yo voy delante,
Y el no tener escalas no os espante;
Que no son necesarias las escalas
Si en vuestra ligereza tenéis alas.—
Dijo; y vibrando un fresno en la ñudosa
Mano, al muro arremete,
Y con él mata siete:
Maús, Zurrón, Maufrido, Garrafosa,

Librodot

Hociquimocho, Zambo y Colituerto,
Gatazo que, de roja piel cubierto,
Crió la mondonguífera Garrida,
Aunque toda su vida
Más enseñado a manos y cuajares
Que a nobles ejercicios militares.
Mas son tan eficaces las razones
Formadas de los ínclitos varones
Como Alciato escribe, cuando asidos
Llevaba de una cuerda de los labios
El Anfitrioníades Alcides
Cuantos hombres prestaban los oídos
A la elocuencia de los hombres sabios.
Pero ya los agravios
De Mizifuf la guerra comenzaban;
Ya los gatos trepaban
La torre por escalas de sus uñas,
Más fuertes garabatos
Que los de tundidores y garduñas;
Ya por la piedra, entre la cal metidas,
Sin estimar las vidas,
Subían gatos y bajaban gatos,
Los unos, como bueyes agarrados,
Que clavan en las cuestas las pezuñas;
Los otros, como bajan despeñados
Fragmentos de edificio que derriban,
Que de su mismo asiento se derrumba.
A cuál sirven de tumba,
Después que del vital aliento privan,
Las losas que le arrojan;
A cuál de vida y alma le despojan
En medio del camino.
No despide en oscuro remolino
Más balas tempestad de puro yelo
Que bajan plomos de la torre al suelo.
Allí murió Galván, allí Trebejos,
Que le acertó la muerte desde lejos,
Dándole con un cántaro en los cascos,
Y otros, con ollas, búcaros y frascos.
Así suelen correr por varias partes
En casa que se quema los vecinos,
Confusos, sin saber adónde acudan.
No valen los remedios ni las artes:
Arden las tablas, y los fuertes pinos
De la tea interior el humor sudan;
Los bienes muebles mudan
En medio de las llamas;
Éstos llevan las arcas y las camas,
Y aquéllos, con el agua, los encuentran;
Éstos salen del fuego, aquéllos entran;
Crece la confusión, y más si el viento
Favorece al flamígero elemento.
Mas como el alto Júpiter mirase
Desde su Olimpo y estrellado asiento
La batalla cruel, de sangre llena,
Temiendo que quedase
En competencia tan feroz y airada
La máquina terrestre desgatada,
Justo remedio a tanto mal ordena.

Librodot

—Dioses, no es justo (dijo) que la espada
Sangrienta de la guerra
Se muestre aquí tan fiera y rigurosa,
Aunque es la misma de la Griega hermosa,
Y que, muertos los gatos, esta tierra
Se coma de ratones;
Porque se volverán tan arrogantes,
Que, ya considerándose gigantes,
No teniendo enemigos de quien huyan
Y el número infinito desminuyan,
Serán nuevos Titanes,
Y querrán habitar nuestros desvanes.—
Con esto, luego envía
De oscuras nieblas una selva espesa,
Y la batalla cesa,
Revuelto en sombras de la noche el día:
Y desde aquél, con inmortal porfía
Los unos y los otros prosiguieron,
Aquéllos en la ofensa
Y éstos en la defensa;
Pero, durando el cerco, no tuvieron
Remedio ni sustento los cercados;
Tanto, que a Zapaquilda desfigura
La hambre la hermosura:
Vueltas las rosas nieve,
Por onzas come, por adarmes bebe.
Marramaquiz, que ya morir la vía,
Con amante osadía,
Pero sin que le viesen los soldados,
Salió por un resquicio, a los tejados,
De una tronera que en la torre había,
Para coger algunos pajarillos.
Iba con él Malvillos,
Que a éste solo fió su atrevimiento,
Y por partir la caza del sustento;
Y estando, ¡oh dura suerte!,
Acechando a la punta de un alero
Un tordo que cantaba,
La inexorable muerte,
Flechando el arco fiero,
Traidora le acechaba.
¿Qué prevenciones, qué armas, qué soldados
Resistirán la fuerza de los hados?
Un príncipe que andaba
Tirando a los vencejos
(Nunca hubieran nacido,
Ni el aire tales aves sustenido),
Le dió un arcabuzazo desde lejos.
Cayó para las guerras y consejos;
Cayó súbitamente
El gato más discreto y más valiente,
Quedando aquel feroz aspecto y bulto
Entre las duras tejas insepulto;
Pero muerto también, como era justo,
A las manos de un César siempre augusto.
Llevó Malvillos, pálido, la nueva,
Que, de su fe y amor llorando en prueba,
Se mesaban las barbas a porfía,
Como tudescos, muerto el que los guía;

Librodot

Mas deseando verse satisfechos
Del sustento forzoso,
Rindieron las almenas y los pechos
Al héroe sin vitoria vitorioso,
Y Mizifuf, con todos amoroso,
Porque le prometieron vasallaje,
Hizo luego traer de su bagaje,
Con mano liberal, peces y queso.
Alegre Zapaquilda del suceso,
Mudó el pálido luto en rico traje;
Dióle sus brazos, y a su padre amado,
Y el viejo a ella, en lágrimas bañado;
Y para celebrar el casamiento,
Llamaron un autor de los famosos,
Que, estando todos en debido asiento,
En versos numerosos
Con esta acción dispuso el argumento,
Dejando alegre en el postrero acento
Los ministriles, y, de cuatro en cuatro,
Adornado de luces el teatro.

A LA SEPULTURA DE MARRAMAQUIZ, GATO FAMOSO, EN LENGUA CULTA, QUE ES EN LA QUE ELLOS SE ENTIENDEN.

SONETO

Este, si bien sarcófago, no duro
Pórfido, aquel cadáver bravo observa
Por quien de mures tímida caterva
Recóndita cubrió terrestre muro.
La Parca, que ni al joven ni al maturo
Su destinado límite reserva,
Ministrándole pólvora superba,
Mentido rayo disparó seguro.
Lloren tu muerte Henares, Tajo, Tormes;
Que el patrio Manzanares, que eternizas,
Lágrimas mestas librará conformes.
Y no le faltarán a tus cenizas,
Pues viven tantos gatos multiformes
De lenguas largas y de manos mizas.

Librodot